

**LA INICIACIÓN CRISTIANA COMO SIGNO Y FUNDAMENTO DE LA
CELEBRACIÓN DE LA VIDA EN LA HISTORIA DEL JOVEN**

JOHN FREDY BERMUDEZ AVILA

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

MAESTRIA EN TEOLOGIA

MEDELLIN

2014

**LA INICIACIÓN CRISTIANA COMO SIGNO Y FUNDAMENTO DE LA
CELEBRACIÓN DE LA VIDA EN LA HISTORIA DEL JOVEN**

JOHN FREDY BERMUDEZ AVILA

Director: MARIO PERESSON TONELLI PhD.

Université Catholique de Paris

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

MAESTRIA EN TEOLOGIA

MEDELLIN

2014

INDICE

INTRODUCCION

CAPÍTULO I	8
LA INICIACIÓN CRISTIANA Y SU SITUACIÓN EN EL MUNDO DE HOY	8
1. La problemática de la secularización. La iniciación cristiana entre lo sagrado y lo profano. ..8	
2. La crisis actual de la Iniciación cristiana.	14
CAPÍTULO II	29
ITINERARIO PEDAGÓGICO: CONOCER, AMAR, SEGUIR Y PROCLAMAR A JESUCRISTO.	29
1. La INICIACIÓN CRISTIANA como unidad indisoluble.....	29
2. El itinerario de la Iniciación Cristiana: La ruta para ser discípulos misioneros.....	38
3. El “antes” y el “después” dentro del itinerario de la vida sacramental.	61
4. La vida cristiana exige conversión: Optar de una manera consciente por el seguimiento de Jesús.....	65
CAPÍTULO III	72
PROPUESTA PASTORAL	72
1. Somos amados y elegidos por Dios. (Jer. 1, 5).....	72
2. La catequesis como itinerario de la iniciación cristiana.	74
3. La catequesis vista como encuentro y seguimiento de Jesús en la comunidad cristiana.....	80
CAPITULO IV	85
IMPORTANCIA DE LA CATEQUESIS FAMILIAR	85
1. La familia como ambiente primario e insustituible del despertar religioso y de la educación cristiana de los hijos	85
2. Papel protagónico de la familia en el proyecto de la iniciación cristiana	95
3. Recuperación de la catequesis familiar.....	100
PROPUESTA METODOLÓGICA	108
1. La Formación de una Pareja Guía.....	108
2. Desarrollo de la reunión con los Padres	109
3. Evaluación de la reunión	110
4. Diálogo Padres e Hijos.....	112
5. Celebraciones con los Padres	114
6. Reunión de Parejas Guías con el Asesor.....	116
7. Relación entre Guías y Animadores.....	118
8. Espiritualidad de la Catequesis Familiar	120
9. Jornadas.....	124
10. Maduración humana y cristiana de las Parejas Guías.....	125
LINEA DE LA CATEQUESIS ANUAL	128
CONCLUSION	129
ANEXO	132

V Encuentro mundial de las familias (8. VII.2006, Ciudad de las Artes y las Ciencias, Valencia, España) Benedicto XVI.....	132
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	139

INTRODUCCIÓN

El siguiente trabajo pretende generar una comprensión de la iniciación cristiana no como una serie de momentos escindidos que no guardan ningún tipo de relación, sino como un proceso que debe permitir que el joven, conociendo a Cristo lo ame y, en consecuencia, se sienta llamado para darlo a conocer a Él y su Proyecto. Porque “el acontecimiento Cristo es el inicio de ese sujeto nuevo que surge en la historia y al que llamamos discípulo: No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva (Deus Caritas est, Benedicto XVI)” (DA 243). La esencia del cristianismo está “en reconocer la presencia de Jesucristo y seguirlo” (DA 244).

El camino formativo del seguidor del Señor

Hunde sus raíces en la naturaleza dinámica de la persona y en la invitación personal de Jesucristo, que llama a los suyos por su nombre, y éstos lo siguen porque conocen su voz. El Señor despertaba las aspiraciones profundas de sus discípulos y los atraía a sí, llenos de asombro. El seguimiento es fruto de una fascinación que responde al deseo de realización humana, al deseo de vida plena. El discípulo es alguien apasionado por Cristo, a quien reconoce como maestro que conduce y acompaña” (DA 277).

En este sentido la propuesta pretende apostarle a una Catequesis desde donde la familia se comprenda a sí misma como un lugar de auténtico discipulado misionero, esto es, que al interior de ella se perciba la vida entera como un ejercicio ministerial.

El trabajo gira en torno a la siguiente pregunta: ¿Cómo es posible hacer que la Iniciación cristiana sea una verdadera experiencia de fe en los niños y jóvenes para formar discípulos misioneros de Cristo? Teniendo presente que el concepto de sacramento no es claro para muchos y que sus implicaciones no son bien comprendidas desde la perspectiva de lo que ello trae en la vida del joven que lo recibe, se hace necesario un trabajo de concienciación al interior de la familia como lugar privilegiado e insustituible de la Catequesis. Es por eso por lo que se hace imperativo el generar espacios de catequización al interior de las mismas, para que se comprenda que el dicho carácter de “irreemplazable” de las familias es un presupuesto sin el que la acción pastoral carece de efectos.

En nuestra realidad pareciera que “lo celebrativo” no guarda ninguna relación con “lo vivido” en la experiencia vital del creyente; son dos cosas totalmente distintas y, sin embargo, “el sacramento [...] no es un gesto ritual, ajeno a la experiencia cristiana [...] sino que brota de esa experiencia y revierte sobre ella para potenciarla y enriquecerla”. (Castillo, 1992, p. 449). Hoy, cuando es fácil encontrarnos con pseudo-creyentes que sólo ven en Dios y, en consecuencia, en la fe, salidas de emergencia ante momentos de dificultad cuando no fórmulas mágicas o, si se quiere, amuletos o talismanes que traen suerte, nos vemos abocados a un creciente ateísmo práctico desde el que lo religioso se percibe, las más de las veces de manera ritualista y hasta legalista.

Desafortunadamente los sacramentos no se escapan de tal realidad. No son pocos quienes los ven como algo lejano de la vida y la propia experiencia. Muchas veces se considera la catequesis como una especie de curso teórico por cuya virtud se logra una especie de graduación en la que nos asisten y acompañan tutores y profesores.

La auténtica pretensión de todo este proceso ha de ser el llegar a dar la importancia que merece la catequesis cuya razón de ser no es otra que la persona de Jesucristo. Por eso Bautismo, Eucaristía y Confirmación no deben comprenderse como simples momentos sino como un todo que se cumple en una continua renovación de nuestra relación con Dios

Hoy los niños y los jóvenes se acercan a la Iniciación Cristiana, unas veces motivados por ellos mismos, otras por obligación de sus familias o por un requisito. La grande mayoría de ellos los reciben sin saber el significado ni las implicaciones que estos tienen en sus vidas, dándole más importancia al requisito o al evento social, olvidando que se celebra el Sacramento en la medida en que se viva como experiencia en la cotidianidad. Pueden ser muchos los factores para que esto suceda: la falta de motivación, de creatividad y claridad en las catequesis, la falta de acompañamiento tanto por parte de las familias como de los catequistas, las catequesis preocupadas por un contenido (que no deja de ser importantísimo) y que se desentienden de los auténticos compromisos. Y en el proceso de iniciación cristiana no se valora su relación con el primer anuncio y el camino de maduración en la fe.

CAPÍTULO I

LA INICIACIÓN CRISTIANA Y SU SITUACIÓN EN EL MUNDO DE HOY

1. La problemática de la secularización. La iniciación cristiana entre lo sagrado y lo profano.

En términos generales hablar de iniciación significa introducir en el ámbito de una realidad nueva. Cuando esta realidad es una comunidad humana, iniciar a una persona significa “introducir a las personas en las dimensiones antropológicas, culturales y religiosas que caracterizan a esa comunidad” (Espeja, 2002, p. 29). Esto exige de la persona un proceso de discernimiento aprendizaje para ir descubriendo el espíritu y organización de la misma, y debe identificarse con sus costumbres.

De otra parte, cuando al interior de la Iglesia hablamos de “iniciación”, hacemos referencia al “proceso seguido por el candidato para conocer, incorporarse y participar en la vida de la comunidad de creyentes que llamamos Iglesia. El candidato se siente atraído por la forma que viven los cristianos, y quiere conocer ese proyecto” (Espeja, 2002, p. 29). Dicho proceso, que culmina con tres ritos simbólicos que son los Sacramentos de Iniciación Cristiana (Bautismo, Confirmación y Comunión - Eucarística), no es solamente la puerta de entrada a una vida con unas características especiales, sino el fundamento de múltiples formas y estilos de vida.

La experiencia de la Iglesia primitiva enmarca todo el proceso de instrucción y de acompañamiento a quienes, proviniendo del paganismo habían decidido abrazar la fe en el Señor Resucitado. Dicha preparación incluía la explicación de la palabra, los gestos de la comunidad acompañando al candidato, y el cambio en la práctica del que se iba a iniciar en la fe. Es, pues, en el catecumenado donde se recogían y se hacían vida las experiencias que habrían de llevar a los “iniciados” a participar de los tres ritos sacramentales.

En los primeros siglos del cristianismo la Pastoral de la Iniciación Cristiana dio un giro como consecuencia del Edicto de Milán promulgado por Constantino y Licinio en el año 313, mediante el cual el cristianismo pasó a ser la religión oficial del estado, llevando a la Iglesia a tener un cambio en “su vida, su Pastoral y su Institucionalidad”. (Conferencia Seminario Mayor San José, Mario Peresson, La iniciación cristiana en un cambio de época, p. 1). Lo que llevó a Constantino y a Licinio a tomar esta decisión fue el ver

Cómo el cristianismo había sobrevivido a todos los embates de las persecuciones sistemáticas durante tres siglos por parte del imperio romano, [y se constituía en] la fuerza histórica e ideológica del futuro y, por esa razón, decidieron hacer de él la religión del Imperio. De esta manera el Edicto del Milán puso las bases sólidas para **transformar el Estado pagano en un estado cristiano y, como consecuencia, a la Iglesia catumbal en la Iglesia del estado imperial.** (Conferencia Seminario Mayor San José, Mario Peresson, La iniciación cristiana en un cambio de época, 1).

En principio podría llegar a pensarse en ésta conversión masiva como una situación favorable para la Iglesia desde la perspectiva del número o la cantidad de seguidores; pero la realidad es que quienes estaban convencidos de la verdad cristiana eran más bien pocos. Y es que antes del Edicto quienes se llamaban cristianos –una de las tantas “sectas” que abundaban a lo largo y ancho del Imperio– vivían convencidos de la verdad del Evangelio, producto de todo el proceso del catecumenado que los llevaba a una verdadera conversión. Aunque se nacía en una sociedad “hipotéticamente cristianizada” lo cierto es que la opción era más política que religiosa. Ya los cristianos no se “hacían” sino que nacían en esta sociedad cristiana, pero sin un compromiso cristiano.

Ahora bien, nuestra época no es muy distinta debido a que muchos de los que dicen llamarse cristianos lo son por tradición pero no por convicción. Esto nos tiene que llevar a repensar el trabajo Pastoral. No debemos ser indiferentes a esta situación de crisis que vive tanto la sociedad como la Iglesia. Y aunque no debemos desanimarnos, es menester ver en ello una oportunidad para el anuncio y la transmisión del Reino de Dios, lo cual nos debe motivar a transformar nuestra mente y nuestro corazón para replantear y reconsiderar la acción pastoral.

A la luz del documento de Aparecida se nos invita a ser discípulos misioneros en un mundo globalizado.

La globalización aparece como la nueva categoría que interpreta el contexto nacional e internacional, pero en ella “la dimensión económica, se sobrepone y condiciona las otras dimensiones de la vida humana... ya que la dinámica el

mercado absolutiza con facilidad la eficacia y la productividad como valores reguladores de todas las relaciones humanas. Este peculiar carácter hace de la globalización un proceso promotor de iniquidades e injusticias múltiples (DA 61)

Las riquezas se han centrado en unos pocos lo que hace que se viva en una sociedad cada vez más excluyente.

Siguiendo una dinámica de concentración de poder y de riquezas en manos de pocos, no solo de los recursos físicos y monetarios, sino sobre todo en los recursos de información y de los recursos humanos, lo cual produce exclusión de todos aquellos no suficientemente capacitados e informados, aumentando las desigualdades que marcan tristemente nuestro continente y que mantienen en la pobreza una multitud de personas (DA 62).

Por lo tanto se debe generar un mundo donde se globalice la solidaridad y la esperanza, donde se pueda compartir en común todas las cosas. Lo que indica que se debe plantear un nuevo horizonte a la misión, y en el documento de Aparecida encontramos la ruta para conseguirlo. “Frente a esta forma de globalización, sentimos un fuerte llamado para promover una globalización diferente que está marcada por la solidaridad, por la justicia y por el respeto a los derechos humanos, haciendo de América Latina y el Caribe no sólo el continente de la esperanza, sino también el continente del amor” (DA 64).

En la modernidad se tiene un dominio de la ciencia y la razón frente a una religión alienante e infantil. Como consecuencia de esto se da el laicismo, el secularismo y un

ateísmo práctico y teórico. Viene el paso de la modernidad a la posmodernidad, en la que se vive el disfrute del aquí y del ahora, sin tener una vida proyectada. Esta es la situación que están viviendo la gran mayoría de los jóvenes, vivir el presente sin importar el futuro.

Hay un paso de un régimen de cristiandad a un mundo plural y laico. La cristiandad tiene su origen con el constantinismo donde “la Iglesia constituía el fundamento y principio del sentido de la vida de las personas y de la sociedad. El estado reconocía a la Iglesia como garante del orden y de la moralidad de la nación como componente esencial de su identidad; a su vez la Iglesia reconocía y sustentaba el poder del estado confesional”. (Conferencia Seminario Mayor San José, Mario Peresson, La Iniciación Cristiana en un Cambio de Época. p. 5). La pastoral se caracterizaba por el clericalismo basado en una concepción piramidal de la Iglesia: el sacerdote era casi el único agente de la vida y misión de la Iglesia; el sacra mentalismo centrando la vida cristiana en la práctica de los sacramentos y los ritos; el adoctrinamiento como la enseñanza de una doctrina dogmática y moral. Esto para que no se diera la deserción de fieles hacia otras religiones.

Hoy se percibe una indiferencia religiosa, o se busca algo que dé respuesta a las necesidades inmediatas, y esto lo encuentran en las iglesias evangélicas pentecostales, donde predomina lo sentimental, lo esotérico, lo intimista, la transacción mercantil religiosa. Quienes se van a estas Iglesias muy pocas veces vuelven al catolicismo.

Ya Pablo VI en la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, advertía de este peligro, donde los cristianos carecen de compromiso y tienen creencias débiles, viendo convertida la secularidad en secularismo:

Hay que constatar en el corazón mismo de este mundo contemporáneo un fenómeno, que constituye como su marca más característica: el secularismo. No hablamos de la secularización en el sentido de un esfuerzo, en sí mismo justo y legítimo, no incompatible con la fe y la religión, por descubrir en la creación, en cada cosa o en cada acontecimiento del universo, las leyes que los rigen con cierta autonomía, con la convicción interior de que el Creador ha puesto en ellos sus leyes. El Concilio Vaticano II afirmó, en este sentido, la legítima autonomía de la cultura y, particularmente, de las ciencias. Tratamos aquí del verdadero secularismo: una concepción del mundo según la cual este último se explica por sí mismo sin que sea necesario recurrir a Dios; Dios resultaría pues superfluo y hasta un obstáculo. Dicho secularismo para reconocer el poder del hombre, acaba por sobrepasar a Dios e incluso por renegar de Él.

Nuevas formas de ateísmo, “un ateísmo antropocéntrico”, no ya abstracto y metafísico, sino pragmático y militante parecen desprenderse de él. En unión con este secularismo ateo, se nos propone todos los días, bajo las formas más distintas, una civilización del consumo, del hedonismo erigido en valor supremo, una voluntad de poder y de dominio, de discriminaciones de todo género: constituyen otras tantas inclinaciones inhumanas de este “humanismo”.

Por otra parte, y paradójicamente, en este mismo mundo moderno, no se puede negar la existencia de valores inicialmente cristianos o evangélicos, al

menos bajo forma de vida o de nostalgia. No sería exagerado hablar de un poderoso y trágico llamamiento a ser evangelizado (EN 55).

Hoy el continente Americano al igual que los países que lo conforman ya no son solo católicos, sino que cada vez más se constata la indiferencia religiosa o la salida hacia otras religiones. “Los Estados se han declarado laicos y las naciones son, sin lugar a dudas, cada vez más pluri-religiosas, sin desconocer, con todo, que todavía un alto porcentaje se confiesa tradicionalmente católico” (Conferencia Seminario Mayor San José, Mario Peresson, La iniciación cristiana en un cambio de época, p. 6).

Todavía no somos conscientes del cambio de época y la pastoral sigue siendo la misma, “como si viviéramos en mundo de cristiandad y nada estuviese pasando de trascendental en el mundo y la sociedad” (Conferencia Seminario Mayor San José, Mario Peresson, La iniciación cristiana en un cambio de época, p. 6).

2. La crisis actual de la Iniciación cristiana.

2.1. La familia: Un “Patrimonio de la humanidad” en cuidados intensivos.

Juan Pablo II en la *Familiaris Consortio* en el número 6 afirma que en la actualidad la familia presenta aspectos positivos y negativos. Entre los aspectos positivos se pueden mencionar los siguientes: existe una libertad personal, más atención a las relaciones interpersonales en el matrimonio en orden a la promoción y dignidad de la mujer, procreación responsable, preocupación por la educación de los hijos, se tiene conciencia en

desarrollar relaciones entre las familias en función de una ayuda recíproca en lo espiritual, lo material, en su misión eclesial y en la construcción de una sociedad más justa.

También existen aspectos negativos, como son la ambigüedad de la autoridad entre padres e hijos, una independencia equivocada entre los cónyuges, la dificultad que existe en la transmisión de valores de los padres hacia los hijos, el incremento de los divorcios, paternidades irresponsables, el aborto, la esterilización, la mentalidad anticoncepcional.

La familia vive una situación muy diferente a la de épocas anteriores; debido a la pérdida de hogares modelos para las nuevas generaciones. No se le da el valor al sacramento del matrimonio, muchos se casan sin motivaciones cristianas, lo hacen por otros motivos, el rechazo de las normas morales que guían y promueven el ejercicio humano y cristiano de la sexualidad dentro del matrimonio (cfr. FC 7). La relación de muchas familias con Dios es casi nula, ya no es el centro de sus vidas, por lo tanto, la familia ha dejado de ser la primera escuela de evangelización para los hijos.

Antes la escuela y la parroquia continuaban la formación religiosa iniciada en las familias. Hoy en día estos factores han perdido importancia en este aspecto: “La familia conoce una profunda crisis y en algunos casos es inexistente; la escuela no es más un referente fundamental que forme dentro de ciertos parámetros de vida, y mucho menos la parroquia es un referente para la mayoría de la juventud” (Conferencia Seminario Mayor San José, Mario Peresson, La iniciación cristiana en un cambio de época, p. 7). El ambiente que se vive hoy en la sociedad no encarna ni transparenta los valores cristianos, manifiesta todo lo contrario un ambiente “arreligioso neo paganizante”. Se puede decir que “el paquete

cultural” ha cambiado, como lo afirmaba el P. Juan Jaime Escobar Valencia, en su conferencia “Implicaciones de la Nueva Evangelización en la educación”. Las familias no inician a los hijos en la formación cristiana, papel que debe asumir la escuela. Vemos el cambio, pero, no somos conscientes del mismo. Se sigue enseñando como si los niños y jóvenes tuvieran ya unas bases religiosas, de ahí la afirmación que el sistema religioso está en crisis.

Ya no existe una generación que transmita estos valores religiosos a las generaciones venideras. Hoy se vive otra realidad: “el fenómeno del mundo mediático y virtual (televisión, radio, internet, celulares, videojuegos, etc.)”...los diferentes escenarios, o nuevos patios en los que se mueven los jóvenes, inculcan en la niñez y la juventud “una mentalidad y estilos totalmente ajenos a los que se transmitían tradicionalmente”. (Conferencia Seminario Mayor San José, Mario Peresson, La iniciación cristiana en un cambio de época. p. 7). Esto conlleva a una interrupción de la fe en todos los estamentos mencionados anteriormente, no se está transmitiendo la fe a las nuevas generaciones.

El papel que tiene la familia en la educación en la fe de sus hijos es insustituible, porque “los hijos perciben y viven gozosamente la cercanía de Dios y de Jesús que los padres manifiestan, hasta el punto, que esta experiencia cristiana deja frecuentemente en ellos una huella decisiva que dura toda la vida” (DGC 226), es allí donde se tiene el primer despertar religiosos de los hijos y “son los primeros educadores en la fe” (DGC 255). Y la familia es el lugar donde se le puede ofrecer al joven una experiencia positiva, gozosa, entrañable de la vida y también de lo religioso. Por eso la familia “ha sido definida como una <<Iglesia doméstica>>, lo que significa que en cada familia cristiana deben reflejarse

los diversos aspectos o funciones de la vida de la Iglesia entera: misión, catequesis, testimonio, oración...La familia en efecto, al igual que la Iglesia, <<es un espacio donde el Evangelio es transmitido y desde dónde este se irradia>>” (DGC 255).

Es cierto que la familia se encuentra en crisis, pero esto no debe ser motivo para descuidarla y no involucrarla en la catequesis de Iniciación Cristiana de sus hijos. No debemos ser fatalistas al respecto, si se parte de esa convicción, efectivamente no se puede hacer nada. A pesar de todo, la familia se sigue considerando como el ambiente ideal más capacitado para poner las bases de una auténtica educación, tanto a nivel general como religiosa.

Antes de culpar a los padres de familia, que ellos con su comportamiento destruyen lo que sus hijos construyen en las catequesis, deberíamos preguntarnos desde la Parroquia y la Escuela ¿qué formación se les está dando para que puedan acompañar a sus hijos en la vivencia de la Iniciación Cristiana?, ¿o damos por supuesto que ellos lo saben todo al respecto?, ¿creemos que el papel de los padres de familia no es importante en esta formación? Para que esto no suceda, la reflexión teológica y la predicación eclesial deberían haber dedicado un mayor interés y atención cercana a la familia. La atención se ha centrado más en el matrimonio, pero, ¿se ha dedicado el interés suficiente “a la familia como realidad humana y como acontecimiento de salvación?”. (Flechas, 2006, p. 36). De ahí la importancia de volver a la catequesis familiar, la cual debe tener como objetivo “conseguir que la familia recupere su papel educativo y la conciencia de su responsabilidad y capacidad en la educación religiosa de los hijos”. (Alberich, 2010, p. 28). Brindando a los

padres una formación cristiana, para que esta, repercuta en la formación de los hijos. Pero para que esto tenga trascendencia hay que motivar, responsabilizar y acompañar.

Hoy son muy pocas las familias constituidas, los hijos crecen bajo la protección solo de la madre, o del padre o en algunos casos lo hacen bajo la custodia de otros miembros de la familia (abuelos, tíos...). Existe falta de convicción y de conciencia por parte de los padres en la educación de los hijos y, más en el aspecto religioso. Por eso se delega esta función a otros. Entonces, ¿qué referente de familia tiene el joven para formar su propia familia?, ¿cómo se han formado para dar este paso? Ante todo en el hogar no se debe educar con el adoctrinamiento, se debe educar con el testimonio, porque el “testimonio de vida cristiana ofrecido por los padres en el seno de la familia, llega a los niños envuelto en el cariño, y el respeto paterno y materno, y esto es quizás lo que hace falta: padres y madres de familia que sean testigos de la formación que imparten a sus hijos. Porque los hijos esperan ver en los padres la oferta testimonial de unos modelos de conducta más que la imposición de unos preceptos”. (Flechas, 2006, p. 21)

Esto puede suceder porque existe “una profunda crisis educativa”. Pero hay que tener presente “la incapacidad de nuestra sociedad moderna para transmitir cultura y valores. En nuestra época de globalización, de pluralismo exasperado y de dominio de los medios de comunicación social, los hombres y mujeres de hoy carecen en gran medida de referencias claras seguras, de pautas convincentes a qué atenerse, y esto lleva consigo la enorme dificultad en la función educativa” (Alberich, 2010, p. 17).

En algunas familias, aparentemente a los hijos no les falta nada, excepto lo más importante: el cariño y el afecto. La situación es más crítica si añadimos que la mujer sale de la casa a la vida laboral, por lo tanto, se tienen muchas ocupaciones y el tiempo a compartir con los hijos es muy reducido. Los padres y los hijos ya no se ven, lo cual hace que no haya diálogo y comunicación entre padres e hijos. Esto conlleva a que no hay exigencia educativa, predominando más los valores afectivos dejando de lado los valores formativos. Sacando lo que es el orden, la disciplina, el deber, la autoridad, la obligación, el esfuerzo, el trabajo. El hijo termina siendo un manipulador de los padres y a ellos les da miedo exigirle.

Con esta situación donde no existe una formación, es lógico que no haya una transmisión de la fe, porque los mismos padres viven alejados de ella, “la familia hoy es, para muchos niños y jóvenes, una escuela de indiferencia y de silencio religioso. En no pocos casos, el hijo respira solo hostilidad hacia la religión, incluso crítica sistemática y burla” (Alberich, 2005, p. 20). Entre los factores para que esto suceda “están, la falta de comunicación, el desacuerdo y las tensiones entre los padres o entre estos y los hijos y en definitiva, la crisis de identidad cristiana y de fe” (Alberich, 2005, p. 21).

Nos encontramos ante una generación de padres no catequizados, se ha interrumpido la transmisión de la fe, ya no son los padres los que la transmiten, sino los abuelos quienes se preocupan por esta educación, “se han incorporado ya a la escena social una serie de generaciones de padres y madres <<secularizados>>, que no transmiten la religión a sus hijos; se ha dicho en este sentido, con mucha razón, que el problema religioso

de muchos jóvenes no es que hayan perdido la religión, sino que nunca la han recibido; la religión no se aprende se ama” (Alberich, 2005, p. 21).

2.2. El sin sentido de los sacramentos.

Para nadie es un secreto que en la actualidad la práctica religiosa se ve sometida a un proceso de crisis. Se constata que en algunos ambientes se reza menos, han disminuido las prácticas de piedad tradicionales, y en otros casos se minusvalora la práctica de los sacramentos, “se pone en cuestión el bautismo de los niños; ha disminuido bastante la recepción del sacramento de la penitencia; muchos jóvenes se niegan a casarse por la Iglesia y abunda la gente que no le ve sentido a la misa” (Castillo, 1992, p. 11).

Muchas personas se angustian de ver la indiferencia o resistencia religiosa, sobretodo en la población juvenil, estos incluso son resistentes ante cualquier tipo de práctica sacramental. Por eso muchos sacerdotes, catequistas y/o padres de familia, no saben qué hacer ante esta situación, en la cual la administración de los sacramentos para muchos se ha vuelto una práctica rutinaria, en la que hay motivaciones poco cristianas. De ahí que sea extraño encontrar Diócesis o Parroquias que tengan una programación pastoral que parezca coherente a todos los miembros de la comunidad cristiana.

Esta situación se torna conflictiva para la Iglesia, y en algunas situaciones, puede llegar a ser algo insoportable. Para solucionar esta situación no basta con llamar a las personas a la buena voluntad. La solución se puede empezar a encontrar solo en la medida

“en que comprendamos cual es el sentido fundamental de los sacramentos” (Castillo, 1992, p. 12).

Los sacramentos son las prácticas religiosas fundamentales del cristiano. Teniendo presente que lo cotidiano está lleno de sacramentos. Por eso el sacramento es la “evocación de un pasado y de un futuro, vividos en un presente... No deja a nadie neutro. Lo toca por dentro; establece un encuentro que modifica al hombre y a su mundo” (Boff, 1991. P. 16). Se debe despertar la dimensión sacramental dormida o profanizada en la vida. Porque “una vez despiertos, podremos celebrar la presencia misteriosa y concreta de la gracia que habita en nuestro mundo. Dios estaba siempre presente, aun antes de que nos hubiésemos despertado, pero ahora que despertamos podemos ver cómo el mundo es sacramento de Dios. Quien haya entendido los sacramentos de la vida está muy próximo, no está ya dentro de la Vida de los sacaremos” (Boff, 1991, p. 17). Cuando las cosas dejan de ser cosas y hablan y transmiten un mensaje se convierten en sacramentos. Es decir, “son señales que contienen, exhiben, rememoran, visualizan y comunican otra realidad diversa de ellas, pero presente en ellas” (Boff, 1991, p. 22).

Aunque el pueblo creyente le dé más importancia a otras prácticas no sacramentales, por ejemplo, una procesión o a determinados actos de piedad; pero en la enseñanza oficial de la iglesia como en los diferentes acontecimientos fundamentales de la vida, los ritos sacramentales, son en concreto estas prácticas religiosas que ocupan el primer lugar en la religión cristiana.

La expresión religiosa se compone de dos elementos: la doctrina y la práctica. ¿Cuál de estos dos elementos es más importante?, la respuesta más aceptable, es la que considera la doctrina y la práctica como dos elementos inseparables, los cuales están entrelazados, que no se le puede dar prioridad a la una sobre la otra. Como menciona Wach, en el libro, Sociología de la religión, en la página 22, “ningún acto de piedad puede existir sin alguna idea de lo divino, de la misma manera que una religión no puede practicarse sin un mínimo de expresión cultural”. De ahí que Durkheim, ha definido el hecho religioso “como el conjunto de creencias y de ritos correspondientes que constituyen una religión”. (Les formes élémentaires de la vie religieuse, página 56). Así se entiende porque la religión se compone de doctrinas y prácticas. Y que ambos elementos son indispensables y esenciales.

Con esto se indica que para renovar la religión, no basta con renovar las doctrinas religiosas, también hay que renovara las prácticas religiosas. En la práctica, como se desarrolla el hecho religioso, parece que es más importante renovar las prácticas religiosas que las doctrinas. Por eso se entiende: “La gran masa de la población religiosa practicante no suele entender mucho de las doctrinas o teorías religiosas, mientras que la práctica religiosa es lo que la gente vive y experimenta cada día, es lo que se mete por los ojos, lo que se siente y se palpa” (Castillo, 1990,13). De las doctrinas y teorías se ocupan los especialistas. Las doctrinas evolucionan cada día, mientras las prácticas siguen siendo las mismas, ancladas en lo que siempre fueron.

Se han introducido grandes cambios en la liturgia, pero esta liturgia ha cambiado más en su doctrina que en su práctica. De ahí que en la actualidad existan sectores de la iglesia con una teología muy avanzada y progresista, pero con una práctica religiosa que

sigue siendo en el fondo lo que siempre fue. Por eso la renovación del cristianismo es efectiva en la medida en que se renueve a profundidad la práctica sacramental. Desde este punto de vista se puede afirmar que la significación fundamental de los sacramentos está en que son expresiones primordiales de la vida cristiana. Lo que indica que la vida cristiana se renovará en la medida en que se renueven los sacramentos, es decir, la práctica sacramental del pueblo cristiano.

Hay que comprender que la práctica sacramental se renueva y, esto no se logra con el solo hecho de renovar o cambiar la forma externa de celebrar los sacramentos. La forma externa se refiere al ritual. Los rituales de los sacramentos han sido modificados, pero con esto no quiere decir que se haya renovado la vida cristiana de los fieles, ni se puede decir que la gente comprenda y viva ahora mejor lo que son y representan los sacramentos.

Esto se ve reflejado con lo que está sucediendo en el Bautismo, la Penitencia o el Matrimonio. Se renuevan los rituales, pero los católicos practicantes, en su gran mayoría, siguen sin comprender ni vivir lo que significan esos sacramentos. El Bautismo de los niños sigue siendo un problema, la crisis de la Penitencia cada día va en aumento, y se continúan celebrando cantidad de matrimonios sin mucha claridad, lo mismo se podría decir del Sacramento de la Confirmación o de la Unción de los Enfermos.

Ante esta situación mucha gente se queja de la poca atención que los sacerdotes y educadores prestan a la catequesis. Se dice que la mayoría de los fieles no comprende ni vive los sacramentos porque la formación catequética de los fieles está muy descuidada y quizás abandonada. Los que afirman esto tienen razón, en muchos casos. Porque si los

cristianos tuvieran una formación teológica, comprenderían mejor los sacramentos. Pero quienes echan la culpa a la formación doctrinal están develando la realidad del problema, porque “cuando un símbolo necesita muchas explicaciones y de muchas teorías para ser comprendido y vivido, eso quiere decir que ha dejado de ser un verdadero símbolo y se ha convertido en rito e ideología” (Castillo, 1992, p. 14). Estos ritos e ideologías necesitan de muchas explicaciones para ser comprendidos por las personas. Por el contrario, “todo verdadero símbolo brota de la experiencia de las personas y es el vehículo connatural de lo que la gente vive” (Castillo, 1992, p. 14).

La práctica religiosa se ha reducido a un mero cumplimiento de ritos, los cuales se ven como la mediación para la relación que se tiene con Dios, es decir, como algo sagrado. Los ritos se cumplen con fidelidad, se está pendiente de quien o no los cumple, son estos el termómetro para medir la fe y el seguimiento a Jesús. Aquí no se tiene en cuenta lo que el Señor pide, que quiere más obras de misericordia y no sacrificios. Más que conocer algo, es ser testigo de eso que se conoce. Más que estar pendiente de la extrema observancia de los ritos, hay que mirar las necesidades de los otros, ir en busca del necesitado, ser servidores, vivir la compasión que sintió Jesús al ver la multitud como ovejas sin pastor.

Con estas características se entiende la religión de una manera diferente a lo que se vive. “Porque lo que se viene a decir es que la única religión aceptable para un cristiano es la práctica del amor a los débiles, sin dejarse contaminar por el orden presente. La religión, por lo tanto, o es cosa que nada tiene que ver con los cristianos; o si es que tiene algún sentido para el creyente, no es como un conjunto de prácticas rituales, sino como puesta en

práctica del amor a los demás, en concreto a los desamparados de la sociedad.... En eso, por tanto, consiste la verdadera religiosidad del cristiano.” (Castillo, 1992, p. 82).

2.3. Los sacramentos en contravía.

Aunque en los escritos del Nuevo Testamento no se encuentra ninguna definición del sacramento cristiano, sí se encuentran menciones cómo las primeras comunidades cristianas celebraban el bautismo y la fracción del pan. Y en estas celebraciones la referencia era Jesucristo, “por el bautismo revestimos a Cristo y formamos un solo cuerpo en su espíritu, mientras en la Eucaristía Cristo Resucitado se hace presente como alimento para su comunidad”. (Espeja, 2002, p. 19). De los otros sacramentos, como la Confirmación, la Unción de los Enfermos, no hay nada escrito que digan que provienen de Jesús.

Toda la vida de Jesús ha sido sacramental como símbolo, fue manifestación del amor a Dios para la humanidad, y como respuesta. El ser humano se deja transformar por este amor de Dios. El lavatorio de los pies, las comidas de Jesús con los pobres, la última cena con sus discípulos, no fueron más que gestos simbólicos de la entrega del Mesías. En esta historia se revelaron la misericordia entrañable de Dios y la respuesta incondicional del hombre hacia este proyecto de misericordia o de amor gratuito que se hace cargo y carga con las miserias del otro.

En la persona de Jesús hubo una experiencia de Dios, en la cual se ve la preocupación de llevar a cabo la voluntad de Dios en el mundo; se trata de formar una sola

familia, donde nadie es más que nadie, y todos participan como hermanos de la misma mesa. “La intimidad de Jesús manifestada en su conducta determina que es y cómo debe celebrarse un sacramento cristiano”. (Espeja, 2002, p. 19).

En algunas ocasiones se tiene una imagen equivocada de Dios. Un Dios que es lejano, que esta ajeno a las necesidades de las personas, que es castigador, que es paternalista, sobreprotector; un juez implacable dispuesto a castigarnos por nuestros delitos. Esta son algunas de las imágenes que nos presenta José María Mardones en su libro “Matar a nuestros dioses”. Sin embargo este es el dios en el cual creemos y seguimos.

No se ha entendido la buena noticia que nos presenta Jesús, que Dios es juez y omnipotente, pero, su justicia y poder se manifiestan en la misericordia.

Pero viendo lo que nos presentan los Evangelios sobre Jesús, al cual llamamos Hijo de Dios, se puede concluir que “según nuestra fe cristiana, Dios no es alguien alejado y rival del ser humano, sino compañero inseparable y solidario que corre nuestra misma suerte; no es alguien solitario, al margen de nuestra historia e insensible a nuestros problemas, sino alguien que se deja impactar por nuestros males y se pone a nuestro lado para que los superemos. Jesús es mediador, sacramento y presencia de Dios, porque <pasó haciendo el bien, curando enfermos y cambiando las fuerzas del mal>”. (Espeja, 2002, p. 19).

Si Dios ha hecho suya nuestra condición humana, de ninguna manera podemos encontrarlo fuera de la misma. Solo ahí el cristiano encuentra su identidad, por lo tanto no

se puede separar lo sagrado de lo profano como dos cosas diferentes. Jesús mismo nos pone al tanto de esto, cuando rechaza la necesidad de purificaciones para poder entrar al mundo de lo sagrado. Por eso Él dice que, lo que hace buenas o malas a las personas es lo que sale de su corazón. El asumir este cambio a las primeras comunidades les cuesta, incluso a algunos convertidos al judaísmo, que seguían con el esquema dualista de la pureza ritual y adquirir la santidad en las categorías de lo sagrado y lo profano, lo puro y lo impuro. Situando a Dios en lo sagrado que nada tiene que ver con lo profano.

Por lo tanto según esta mentalidad los paganos eran impuros, como lo eran algunos animales. Pero, Pedro fue invitado a comer animales considerados impuros y escuchó la voz de Dios “come, lo que Dios ha santificado no lo llames profano” (Hch 11,9). Por eso, “no hay un mundo profano, aunque el mundo puede ser irreverentemente profanado, y esto es lo que atenta contra la santidad como imitación de Dios, respetuoso y providente con todas sus criaturas” (Espeja, 2002, p. 20).

Hay que cambiar la mentalidad de, que al recibir los sacramentos se es introducido en un mundo ficticio, ignorando lo que se vive alrededor. Quien mejor vive la experiencia de Dios sin alejarse de la realidad, es la persona de Jesús. Sus gestos sacramentales (lavatorios de los pies, comidas con los pobres, etc.), manifiestan su compromiso por levantar a los desvalidos y servir a todos los humanos. Por eso “el divorcio entre los ritos sacramentales y la vida, que desfigura frecuentemente a la práctica sacramental de muchos cristianos, responde a esa mentalidad dualista, según la cual para encontrarnos con Dios hay que salir del mundo profano y meternos en el mundo sagrado” (Espeja, 2002, p. 20).

Es la compasión la que lleva a Jesús a intervenir a favor de los pobres y desvalidos, y esta compasión es la que hace que lleve a la práctica todos los gestos sacramentales. “Si los sacramentos son meros ritos que no significan nada en la marcha y cambio de nuestra vida diaria, ya no expresan el seguimiento de Jesús. Suponen la fe y la aumentan, quiere decir: los sacramentos son expresiones públicas de que una persona conoce ya el proyecto del Mesías, acepta su evangelio, y quiere dar un paso adelante tratando de re-crear en su propia historia la historia de Jesús”. (Espeja, 2002, p. 20). Dios quiere de cada uno obras de misericordia y no sacrificios, quiere que nos humanicemos amando, y el verdadero amor requiere de sacrificios.

CAPÍTULO II

ITINERARIO PEDAGÓGICO: CONOCER, AMAR, SEGUIR Y PROCLAMAR A JESUCRISTO.

1. La INICIACIÓN CRISTIANA como unidad indisoluble.

La Iniciación Cristiana da más importancia a la formación de los niños y los adolescentes, descuidando a las familias, sin estas llegar a verse involucradas en la iniciación de sus hijos. Además no hay unidad ni acompañamiento en la maduración de la fe de los iniciados. La fe, más que una opción personal se ha convertido en una tradición familiar y social. Hoy la catequesis se limita a transmitir doctrina cristiana, y no es un proceso educativo de fe. Olvidando su fin, que “es poner a la persona no sólo en contacto sino en comunión, e intimidad con Jesucristo” (DGC 80).

Por eso existen personas que no viven su compromiso de cristianos a cabalidad como lo menciona el Documento de Aparecida:

Son muchos los creyentes que no participan en la eucaristía dominical, ni reciben con regularidad los sacramentos, ni se insertan activamente en la comunidad eclesial. Sin olvidar la importancia de la familia en la Iniciación Cristiana, este fenómeno nos interpela profundamente a imaginar y organizar nuevas formas de acercamiento a ellos para ayudarles a valorar el sentido de la vida sacramental, de la participación comunitaria y del

compromiso ciudadano. Tenemos un alto porcentaje de católicos sin conciencia de su misión de ser sal y fermento en el mundo, con una identidad cristiana débil y vulnerable. (DA 286)

Continúa diciendo el documento:

Esto constituye un desafío que cuestiona a fondo la manera como estamos educando en la fe y como estamos alimentando la vivencia cristiana; un desafío que debemos afrontar con decisión, valentía y creatividad, ya que en muchas partes, la Iniciación Cristiana ha sido pobre o fragmentada. O educamos en la fe, poniendo realmente en contacto con Jesucristo o invitando a su seguimiento, o no cumpliremos nuestra misión evangelizadora. Se impone la tarea irrenunciable de ofrecer una modalidad operativa de iniciación cristiana que, además de marcar el qué, dé también elementos para el quién, el cómo y el dónde se realiza. Así asumiremos el desafío de una nueva evangelización, a la que hemos sido reiteradamente convocados. (DA 287).

El dinamismo de la Iniciación Cristiana se manifiesta de manera progresiva. Es un proceso que tiende hacia el futuro. Aunque se haya realizado todo el itinerario de la iniciación, nunca se podrá afirmar que se ha agotado el contenido y la verdad de la iniciación. Siempre se necesita una reiniciación, porque nunca se llega a vivir plenamente el misterio en el que se ha iniciado. Solo al final la luz nueva llenará todo se resplandor.

Es importante recuperar el sentido de la Iniciación Cristiana como el camino de educación en la fe, según la pedagogía de la fe. Este es un proceso que comprende etapas de acercamiento y contacto con una comunidad cristiana. Conoce el primer anuncio mediante el cual la persona se siente interpelada por la vivencia cristiana, y al sentirse interpelada decide hacer un camino de conversión y de crecimiento en la fe, con miras a llegar a ser un creyente comprometido por el Evangelio. En este camino se deben respetar el proceso de cada persona porque es diferente, aunque se debe tener la misma dinámica y exigencia.

Hay que tener presente que la Iniciación Cristiana incluye el Kerygma, es la manera de poner en contacto al discípulo con Jesucristo. Brinda la oportunidad de fortalecer la unidad de los tres sacramentos de iniciación cristiana y profundizar en su sentido.

No se puede desconocer la experiencia de los Padres de la iglesia, por eso, surge la siguiente pregunta: “¿Pueden los Padres de la Iglesia, puede la experiencia evangelizadora y pastoral de las comunidades cristianas de los primeros siglos, iluminarnos en esta búsqueda? ¿Sigue siendo válida la catequesis de las Iglesias de los primeros siglos, testimoniada por los Padres?” (La Iniciación Cristiana en el testimonio de los Padres de los cuatro primeros siglos, Mario Peresson, p. 77). Cuando la Iglesia se indaga por la educación en la fe y se preocupa por la educación cristiana, lleva su mirada hacia los Padres y la Iglesia primitiva, por dos razones: Nos encontramos 1) ante iglesias verdaderamente vivas, profundamente arraigadas en la savia vital del Evangelio, y en contextos sociales, políticos, culturales y religiosos totalmente adversos y 2) porque los Padres fueron verdaderos creyentes, auténticos “Maestros en la fe”, apoyados en una Iglesia viva. Cfr. La Iniciación Cristiana en el testimonio de los Padres de los cuatro primeros siglos, Mario Peresson, p. 77.

Con lo que respecta a la Iniciación y cristiana y educación en la fe, el quehacer pastoral catequístico no se reduce a “una mera instrucción verbal rápida, ni a una enseñanza más o menos teórica, uno de los males de nuestro tiempo, sino ante una pastoral completa, ante una iniciación integral a la existencia cristiana en la Iglesia”. (La Iniciación Cristiana en el testimonio de los Padres de los cuatro primeros siglos, Mario Peresson, p. 77). Prosigue el documento en la página 77

La iniciación cristiana en la patrística está **orgánicamente estructurada**, forma una **unidad dinámica** con miras a un fin determinado, de modo que no conviene perder nada, como advierte Cirilo de Jerusalén a sus oyentes: “ Considera que la catequesis es como una especie de edificio que si no se cava y se pone el fundamento, si no se une la casa con una serie ordenada de tramos y buena construcción, de modo que no se quede nada flojo o ruinoso, se perderá toda la primera labor efectuada, porque conviene unir piedra con piedra, y ángulo con ángulo, y quitados todos los estorbos, levantar el edificio por igual.” (Procatequesis, 11)”.

En la antigüedad se tenía la práctica del catecumenado que está unido a los tres sacramentos de Iniciación Cristiana: Bautismo, Confirmación y Eucaristía, que se celebran en la Vigilia Pascual. Estos momentos hay que distinguirlos de otros procesos catequéticos y formativos que pueden tener la Iniciación Cristiana como base. Cf. DA 288.

Volver a la práctica del catecumenado

“El texto cristiano más antiguo fuera del Nuevo Testamento es la **Didajé** o “Enseñanza de los doce apóstoles”, aproximadamente del año 110. Es una instrucción moral basada en la doctrina de los “dos caminos” (vida y muerte, luz y sombra, justicia e injusticia), dirigida a los candidatos al bautismo. Por este texto sabemos que a finales del siglo I había ya una adecuada preparación al bautismo, aunque todavía no se usaba el término “catecumenado”.

Más tarde, hacia el año 150, alude **Justino** (+ 165) en su Apología I a la iniciación bautismal, escrito que refleja el proceso de conversión a la fe de ese tiempo. Justino fue filósofo pagano convertido en Éfeso. Abrió una escuela cristiana en Roma, lo que le costó la vida bajo Antonio Pío. Su texto indica que a mediados del siglo II había un tiempo de preparación al bautismo. Con todo, no estaba constituido todavía en ese momento el catecumenado organizado” (La Iniciación Cristiana en el testimonio de los Padres de los cuatro primeros siglos, Mario Peresson, p. 78). La fuente más antigua y completa del primer catecumenado romano es la Tradición Apostólica de **Hipólito** (+ 253), por eso influye en los documentos catecumenales posteriores.

Para conocer el origen del catecumenado es importante conocer “las actas del **Concilio de Granada (Elvira o Iliberri)** en España, celebrado entre el 306 y el 314. En dicho concilio se legisló sobre el bautismo a causa del movimiento de conversiones que hubo en ese tiempo en España” (La Iniciación Cristiana en el testimonio de los Padres de los cuatro primeros siglos, Mario Peresson, p. 78).

Desde la antigüedad la Iniciación Cristiana ha estado unida a la práctica del catecumenado, como camino de la educación en la fe, en miras al ingreso a la comunidad cristiana, mediante los sacramentos de Iniciación: Bautismo, Confirmación y Eucaristía. Quienes iniciaban este camino de preparación eran acompañados y recibían los sacramentos en la Vigilia Pascual. Era un proceso largo y exigente, porque el ingreso a la comunidad exigía que la persona tuviera una fe madura, que fuera testimonio y que la participación en la comunidad fuera activa. Era tan exigente este camino que no todos eran admitidos por diferentes motivos.

De ahí como lo menciona Mario Peresson en el documento “La Iniciación Cristiana en un Cambio de época”:

El catecumenado ha sido y ha de ser el punto de referencia para entender qué es y qué ha de ser la Iniciación Cristiana y el criterio fundamental para el desarrollo de los procesos de educación en la fe que llevan los bautizados y los no bautizados a la comunión con Cristo y a la madurez plena de la fe. El catecumenado no es una mera exposición de dogmas y preceptos, sino una formación integral y noviciado convenientemente prolongado de la vida cristiana, en la que los discípulos se van configurando paulatinamente con Cristo, su Maestro. Por lo mismo, se ha intentado que la catequesis, como itinerario de educación en la fe sea de “inspiración catecumenal”, es decir, un “catecumenado catequético” en lo cual lo catecumenal deja de ser algo que colorea la catequesis, y se convierte en el elemento vertebrador de la misma. El modelo de toda catequesis de Iniciación Cristiana es el catecumenado bautismal; este se constituye en Inspirador y estructurador de todos los procesos de educación en la fe. Recuperar la institución del catecumenado, que tantos frutos dio en los primeros siglos del cristianismo, sería el modo de alumbrar un nuevo modelo pastoral para nuestro tiempo. Nuevo, aunque antiguo pues llevamos muchos siglos embarcados en otro modelo pastoral propio de la Iglesia de Cristiandad. (p.22)

Además la parroquia, la escuela, la familia no brindan los elementos para descubrir, crecer y permanecer en la fe. Esta fe se descubre en la pequeña comunidad de la que se hace experiencia y se aprende a pertenecer por el catecumenado; la indiferencia religiosa, la incredulidad ambiental, el materialismo absorbente, conmueven los mismos fundamentos religiosos, y exigen un redescubrimiento de la identidad cristiana.

Es importante ver el catecumenado como espíritu y como institución pastoral donde se quiere hacer florecer una verdadera incisión cristiana tanto de jóvenes como de adultos. Porque las comunidades, al igual que los creyentes convertidos, no nacen, sino que se hacen, por medio de los procesos de Iniciación Cristiana, es decir, del catecumenado.

El catecumenado debe ser visto como una función pastoral de la Iglesia, porque lleva a descubrir el camino de la fe. Se piensa que el catecumenado no es necesario, ya que todos son bautizados y los adultos no quieren hacerse cristianos. Además es algo dispendioso que exige preparación, entrega y compromiso y de pronto los agentes de pastoral no están preparados para dar este paso. Hemos acostumbrado a los fieles que las preparaciones de los sacramentos son “Exprés”, sobre todo la del Bautismo. Pero si es algo que se da a conocer los candidatos llegan. Pero el documento Un Cambio de Época de Mario Peresson, afirma lo siguiente:

Es importante que la gente sepa que a cualquier edad puede hacerse cristiano, y que si quiere hacerse, sabe a dónde ir, que hay un sitio donde se le acoge, se le ayuda, se le acompaña y puede hacer un camino de preparación seria a la vida cristiana. A veces el bautismo de adultos es visto como algo negativo, que requiere permisos especiales, como cosa fuera de lo ordinario, como algo complicado en los trámites; negativo porque en la mentalidad de la gente hay el imaginario de que el bautismo es cuestión de niños y los mayores les da vergüenza que sepan que no son bautizados o que se van a bautizar en público. (22)

El catecumenado respeta y valora el crecimiento y la maduración personal de cada quien en el camino de la fe, no esfuerza a nadie, respeta el ritmo de cada persona hacia Dios. Lo que no quiere decir que acepte a alguien que no esté bien dispuesto. Por eso, este es un camino progresivo, por etapas y diferenciado. Este catecumenado debe darse en un tiempo prolongado, ya que es el nacimiento y crecimiento de la vida en Cristo, hasta que garantice una fe sincera, y el que aspira a ser cristiano pueda responder a la realidad sacramental recibida.

Al articularse en etapas el catecumenado aporta a la catequesis el considerar como importante la gradualidad, ver las situaciones personales y ver la comprensión de la educación en la fe como un itinerario práctico. Por eso “la gradualidad habla más de etapas y experiencias fundamentales que de cursos y temarios, pues las etapas se nutren de contenidos, situaciones, experiencias, propuestas, ejercicios, decisiones, etc.”. (La Iniciación Cristiana en un cambio de Época, Conferencia Seminario San José, p. 23).

También aporta al aspecto espiritual de la Iniciación Cristiana, porque la maduración y confesión de fe que se da en la persona se decide en el corazón de la persona. La adhesión a Jesucristo se testimonia y se transmite más que enseñarla. Junto a estos contenidos de fe están las celebraciones, la vida comunitaria y los diferentes compromisos que llevan a la práctica de la fe en la vida cotidiana. El catecumenado es una propuesta para jóvenes y adultos, que son capaces de entender y acoger las exigencias de la fe.

Con el Concilio Vaticano II, se ha visto la necesidad de renovar el catecumenado, no solo como preparación al Bautismo, sino también como elemento decisivo para la verdad y autenticación de la fe de los ya bautizados, y de la vida de la comunidad cristiana.

Las comunidades eclesiales de base son un ambiente apropiado para empezar a vivir la experiencia del catecumenado. Aunque no tienen un plan de catecumenado, ni un proyecto único de iniciación, ni unas etapas catecumenales marcadas. Más que buscar la conversión personal, se busca es la conversión social y la reiniciación desde la praxis.

La comunidad no tiene un catecumenado, sino que en su interior hay una matriz catecumenal. El proceso catecumenal se entiende como la elaboración de una teología popular, a partir de la experiencia y de la Biblia, leída de un modo comunitario y militante. No obstante, se da en ellas un cierto estilo catecumenal, pues muchos de sus miembros son bautizados no evangelizados ni catequizados, les mueven los objetivos de toda iniciación: maduración de la fe; renovación de la vida, redescubrimiento de la simbología sacramental, comunicación social de los bienes, revisión crítica del catolicismo heredado, pertenencia a la comunidad... (Borobio, 2007, p. 125)

Están las comunidades neo catecumenales, que lo propio de estas comunidades no es un estilo catecumenal, sino la verdadera recuperación o restauración del catecumenado. “Es el camino catecumenal lo que constituye su esencia y su razón de ser, en orden a una verdadera educación de la fe, renovación

del bautismo y la iniciación cristiana, y edificación de la comunidad eclesial”.
(Borobio, 2007, p. 126).

2. El itinerario de la Iniciación Cristiana: La ruta para ser discípulos misioneros.

2.1 Bautismo: Puerta de acceso a la vida cristiana y a la inserción en la comunidad eclesial.

El Bautismo como acontecimiento antropológico

El Bautismo como primer sacramento es la puerta para que el creyente se inicie en su vida cristiana y es el punto de partida para la celebración de los demás sacramentos. Hoy se oye decir que el Bautismo no tiene mucho sentido, más cuando se trata del Bautismo de niños por las condiciones en que se da. Algunos lo consideran como algo innecesario y superficial. En épocas pasadas se bautizaba teniendo como fundamento, en gran medida las razones de tipo mágico, sociológico o político. Pero como estas razones ya han desaparecido muchas personas no le encuentran ya sentido al Sacramento del Bautismo.

A raíz de esta situación surge la pregunta de si el Bautismo ha dejado de tener sentido porque han cambiado las circunstancias. La respuesta es no, porque “el Bautismo no sólo es un rito que se impone desde la fe; es también un rito que se necesita desde la experiencia humana” (Borobio, 2003, p. 189). Respondiendo a la voluntad de Dios y a la antropología humana. Por eso en algunas culturas y religiones han existido baños de agua con sentido religiosos o bautismos de agua. Estos ritos han tenido lugar en eventos desde

los cuales se trataba de comprender el sentido de un nuevo comienzo, para mostrar que en este momento de la vida tenía lugar una renovación vital: la nueva vida de un recién nacido, la nueva participación del iniciado.

Es normal que los padres con el nacimiento de un niño quieran celebrar este acontecimiento, este es un momento que no quieren dejar pasar desapercibido, porque es algo que conmueve su propia vida, sienten esto como una necesidad antropológica. “Cuando un niño nace, algo grande sucede en la vida que reclama significarlo y celebrarlo, para que no quede reducido a la vulgaridad y manifieste todo su escondido misterio” (Borobio, 2003, p. 190).

Con lo anterior se puede ver que el Bautismo como sacramento responde en su modo a una situación antropológica determinada, se trata del nacimiento carnal. Pero este es un momento que viven los padres y el hijo de manera diversa. El hijo vive la situación de manera pasiva, como un tránsito biológico que padece y los padres viven este tránsito biológico de una manera activa; porque es traer al mundo un hijo y esto es algo que les conmueve. Esta es una situación que viven más los padres que el propio sujeto del sacramento.

Son los padres los que con el acontecimiento salvífico se plantean ciertos interrogantes; de alegría, gratitud, admiración; pero aquí también se mezclan la angustia y el temor, la experiencia de la vida y la muerte. Esto es lo que lleva a que el hombre en todas las culturas y épocas sienta la necesidad de ritualizar y sacralizar la situación del nacimiento. A través de estos ritos religiosos se han pretendido tres cosas: Iniciar al recién

nacido en el grupo social y religioso al que pertenece, acrecentar las promesas de futuro y esperanzas de bien y ahuyentar las amenazas y peligros a los que se puede ver sometido en el transcurso de la vida.

Es de notar que esto no lo es todo para el cristiano. Son datos que descubren la riqueza humana del acontecimiento del nacimiento bautismo. Pero aquí se pueden plantear dos insuficiencias para el cristiano creyente.

La primera es una insuficiencia antropológica. Como se dijo anteriormente, son los padres los que viven en ese momento lo que debería vivir el niño por sí mismo; es decir “que para los niños esta situación es insuficiente, que el sujeto del bautismo de niños es de alguna manera un sujeto compartido: padres – hijos, en vistas a promover un sujeto autónomo más tarde; que por tanto el bautismo de niños no debe considerarse como el final, sino como el principio de un proceso hacia el perfeccionamiento”. (Borobio, 2013, p. 191).

La segunda es una insuficiencia cristiana. Por más riqueza antropológica que haya en un acontecimiento como este, nunca se puede pensar que es ya del todo un cristiano. Es un elemento integrante, pero, no es su totalidad. Para que esta realidad sea percibida como real y sacramental, es necesario vivirla desde la fe; se sabe que el don de la vida, la felicidad del amor y la angustia y esperanza, apuntan hacia otra realidad y otro amor, el cual nos llama desde lo más profundo de nuestra existencia: Dios. Este es el Dios de Jesucristo, desde el cual se puede comprender plenamente el sentido de la vida y del nacimiento, es decir que el acontecimiento antropológico necesita del acontecimiento salvífico para tener pleno sentido.

A veces los cristianos se quedan solamente en el acontecimiento antropológico, el cual responde a un deseo de sacralizar y “ritualizar” un momento fundamental de la vida. Esto no es del todo negativo, pero no hay que desoír la voz de Dios que nos habla por medio de esta gramática. Por eso algunos cristianos al pedir el bautismo para sus hijos buscan satisfacer esa necesidad sentida, pero no les importa el misterio que se les ofrece, pidiendo más un rito que un sacramento. Se quiere cumplir una costumbre, más que celebrar un sacramento que salva, es por eso “que no son capaces de asumir su propia responsabilidad, en orden de hacer crecer al propio hijo en el orden del bien y la salvación, en la fe y en la vida cristiana” (Borobio 2013, p.195). Se debe saber que lo que se pide no es un rito, cuando lo que se ofrece es un sacramento. Por eso la importancia, que por medio de la catequesis, la educación cristiana descubra el sentido salvífico del bautismo.

El Bautismo como acontecimiento salvífico

El bautismo no es un simple rito, ni una acción individual o aislada. Desde la fe es un acontecimiento que se inserta y continúa la historia salvífica y las acciones salvadoras de Dios en la historia. Es un *kayros* o momento privilegiado en el cual se actualiza el amor gratuito y soberano de Dios respecto a una persona particular, como lo afirma Borobio. Este es un acontecimiento en el cual acontece la salvación no solo para el sujeto que lo recibe, sino también para la Iglesia entera, en la visibilidad del signo sacramental del agua.

Es un sacramento que se hace en el nombre de Cristo y en virtud del Espíritu. Por eso todos los bautizados están llamados a ser discípulos misioneros de Jesucristo. Lo que conlleva a seguirlo, vivir en intimidad con Él, imitar su ejemplo y dar testimonio. Todo

bautizado, como los apóstoles recibe el mandato de la misión: “id por todo el mundo proclamando la buena nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará” (Mc 16,15). Entonces, ser discípulos y misioneros de Jesucristo y buscar la vida en Él supone estar profundamente enraizados en Él, como lo afirma el Papa Benedicto XVI en el discurso inaugural de la VII Conferencia del Episcopado Latinoamericano. Aparecida, Brasil, Mayo 2007.

La primera comunidad cristiana sabía que en esto consistía la originalidad de su bautismo, a diferencia de los otros bautismos bíblicos, incluso el mismo bautismo de Juan, el mismo había anunciado: “yo os he bautizado con agua, pero Él os bautizará con el Espíritu Santo” (Mc 1, 8-11). Una vez cumplida la promesa en Pentecostés de enviar el Espíritu Santo, toda la acción sacramental se hace en virtud del Espíritu. Es el Bautismo el primer sacramento que manifiesta la acción del Espíritu y da acceso a los demás sacramentos. “En verdad, en verdad os digo: el que no nazca del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Jn 3, 5).

Ser bautizado en el Espíritu, es ser bautizado en el nombre del Señor Jesús. El Espíritu del Bautismo no es otro que el Espíritu de Cristo, es el mismo por el cual Cristo nos comunica su salvación. (cfr. 1 Cor 6,11; 1,13).

El Bautismo es un verdadero acontecimiento salvífico porque por él participamos de la historia de la salvación que Dios ofrece a los hombres, porque Cristo nos transforma y comunica en el Espíritu su salvación, porque nos introduce en el pueblo de la Alianza o Iglesia en cuanto pueblo salvado

por Dios, compuesto por los miembros que explícitamente han aceptado la salvación (Borobio, 2013, p. 192).

La novedad del Bautismo en la Iglesia está en su intrínseca relación con Cristo. En el Nuevo Testamento se expresa cuando se dice “Bautismo en el nombre de Jesús, de Jesucristo o del Señor Jesús” (Hch 2,38; 10,48; 16; 19,5). Con esto se expresa “no sólo que Jesús es el fundamento, sino que es Cristo el que acoge y toma posesión del Bautismo y que la vida entera queda radicada en Cristo” (Borobio, 2013, 200). Con la inmersión en el agua se expresa simbólicamente la muerte de Cristo que nos hace participar del acontecimiento pascual que representa. Ser bautizado significa participar personalmente a través del rito bautismal, en el mismo acontecimiento del Bautismo de Cristo “con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡que angustiado estoy hasta que se cumpla!”. (Lc 12,50). En el Bautismo se pasa del pecado a la vida, actualizando el misterio pascual.

El Reino en la Biblia, es algo que centra los anhelos y esperanzas del pueblo y de toda la humanidad. Llegará el momento en el cual Dios intervendrá a favor de la humanidad, imponiendo justicia y derecho sobre la tierra, levantando de la marginación al desvalido, creará una comunidad de personas libres donde no se adiestrarán para la guerra, sino que se relacionarán como hermanos. Jesús nunca definió que es el Reino, pero su venida constituye la buena noticia: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva” (Mc, 1,15). Habla de él a través de símbolos y parábolas, “El Reino de Dios es como un banquete donde todos los hombres ricos y pobres, puedan sentarse juntos en la misma mesa” (espeja, 2002, p. 41).

En el Bautismo de Jesús los evangelistas han querido destacar el Reino como causa de un objetivo central de su vida y martirio. “Sucedió que cuando todo el mundo estaba bautizándose, bautizado también Jesús y puesto en oración se abrió el cielo” (Lc 3, 21). Aquí muestra, cómo al ver que todos se bautizaban, Jesús se acerca a recibir el Bautismo. Jesús se solidariza con el Bautismo de los hombres que reconocen su pobreza y buscan el cambio de una situación injusta. Pasa a denunciar los atropellos de los poderosos, hizo suya la causa del pobre y pidió la conversión al Dios del Reino, haciendo realidad la voluntad del Padre, que hace justicia con amor gratuito, pero solicitando la libre intervención del hombre.

Jesús se comprometió a secundar esa voluntad de construir el Reino, pero su deseo fue intolerable para las fuerzas del mal que lo condenaron a muerte. Su martirio fue consecuencia de una vida comprometida en la llegada de la nueva sociedad. Por eso es normal que la tradición evangélica relacione el bautismo del Jordán con la muerte de Jesús. Narran los evangelios que al ser bautizado, los cielos se rasgaron, evocando el texto donde se dice, que al morir Jesús, el velo del templo se rasgó de arriba abajo. “Y el velo del santuario se rasgó en dos de arriba abajo” (Mc.15.38); desaparecen los muros que separaban a los hombres, se acaban las discriminaciones y llega el reinado de Dios.

La gracia del Bautismo

El Bautismo ha dejado las huellas de su paso en todas las páginas del Nuevo Testamento, sobre todo en las cartas de San Pablo en las que aparecen ya las líneas fundamentales de una teología de la práctica bautismal.

Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo seguir viviendo en él? ¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, que Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva (Rm 6, 2-4) (Borragán, 2007, p. 64).

El Concilio de Trento dice que hay dos mundos opuestos y distintos. Uno del pecado y de las tinieblas, obra del primer Adán, el hombre pecador; el otro es el mundo de la vida y de la luz, obra de Cristo, del nuevo Adán. El Bautismo nos arranca de ese mundo perverso y nos introduce al reino del hijo de su amor. Hemos sido crucificados con Jesús, hemos muerto con Él, hemos sido sepultados con Él y en el Bautismo hemos sido Resucitados con Él. Dejamos el hombre viejo y nos revestimos del hombre nuevo.

El Bautismo nos introduce en el reino de la gracia y de la vida, en él se efectúa una transformación total, lo viejo pasa y ahora todo es nuevo; somos introducidos en el arca de la salvación, somos despojados del pecado, revestidos de Jesús e injertados en Él. El agua que sepulta es ahora el agua que regenera y que calma la sed. El bautizado no debe quedarse sumergido en las aguas, sino que debe salir de ellas lleno de vida. Porque se vive sumergido es en la vida y no en la muerte; en la luz y no en la tiniebla; en el amor y no en el desamor. Por eso, “el bautismo no es sólo una llamada a la santidad individual, sino también a participar activamente en la misión de la Iglesia. El Bautismo nos reclama para una misión profética y sacerdotal” (Borragan, 2007, p.71). Se debe realizar en la existencia

lo celebrado en el sacramento, no se deben crear rupturas entre lo que se cree y se vive, entre el ser y el hacer.

El Bautismo de los niños

El Bautismo de los niños ha revolucionado la iniciación cristiana y ha introducido muchos problemas en el cristianismo. Karl Barth, lo calificó como una “herida en el costado de la Iglesia”. El Bautismo de los niños no aparece ni negado ni afirmado en el Nuevo Testamento. Lo normal era el bautismo de adultos, lo que no quita que algunos niños también fueran bautizados.

En los primeros siglos muchas familias se convirtieron al cristianismo y muchos niños nacieron ya en hogares cristianos y se encontraron con la fe ya desde el principio. San Policarpo declaró ante el procónsul que lo juzgaba “sirvo a Cristo desde hace 86 años y no me ha hecho ningún mal”, seguramente conoció el cristianismo desde niño, no se puede afirmar si fue ya bautizado desde niño. El primero en referirse al bautismo de los niños aunque no lo aconsejaba, fue Tertuliano “que vengan cuando crezcan, cuando puedan comprender y saber a qué vienen”. En el siglo IV, algunas familias no bautizaban a sus niños, por las penitencias públicas a que eran sometidos por haber pecado.

La mayoría de los padres de los bautizados, nunca han sido evangelizados y las catequesis del bautismo y la primera comunión no son suficientes para llevarlos a Jesús. “La urgencia de una nueva evangelización, de la que tanto hablamos en nuestros días, está proclamando el fracaso de la práctica del bautismo sin ninguna garantía. El hecho

generalizado del bautismo de los niños ha dado como resultado una sociedad cristiana, pero prácticamente pagana” (Borragen, 2007, p.74). Surge la pregunta de ¿si es preferible un número de hombres bautizados y convertidos de corazón al Señor, o una gran masa de niños bautizados dónde la mayoría no van creer en Jesús?

Cuando el cristianismo se convirtió en la religión oficial del estado romano, entraron en la Iglesia gran cantidad de hombres y mujeres, y se multiplicaron las comunidades o parroquias rurales. Muchos padres querían que sus niños fueran bautizados, para que no murieran sin el Bautismo, porque la doctrina del pecado original era muy pesimista: si no era bautizado no podía ir al cielo. Esto le dio carta de ciudadanía al bautismo de niños. Así se quebró el orden de la iniciación cristiana, y la Iglesia corrió el riesgo de que la mayoría de los cristianos no llegaran nunca a la fe, dándola por supuesta y el catecumenado fue desapareciendo y nunca se ha recuperado.

Qué es preferible, un gran número de personas bautizadas convertidas de corazón al Señor, o una masa de bautizados donde la mayoría no creen en él. Será ¿que la Iglesia ha hecho los esfuerzos suficientes para integrar esa masa de bautizados y llevarlos a Jesús, o se ha instalado en la comodidad? Seguramente la Iglesia ha solucionado algunos problemas con el bautismo de los niños, pero tal vez ha creado otros más grandes difíciles de solucionar.

Pero la Iglesia siempre ha defendido el Bautismo de los niños. Para algunos teólogos este es un deber y un derecho al cual no debe renunciar. Así como la familia recibe a sus hijos desde el nacimiento para educarlos, de la misma manera la familia de los hijos

de Dios acoge a los niños en su seno para conducirlos por el camino de la fe. Los padres cristianos pueden desear que sus hijos sean insertados en la fe que ellos confiesan. Es la fe prestada que tiene el párvulo cuando es bautizado. El bautismo está relacionado con la fe, “los niños son bautizados en la fe de los padres, padrinos y comunidad cristiana, teoría elucidada por San Agustín, con la convicción de que el bautismo no es un mero signo externo de una salvación interna y espiritual ocurrida en la fe personal, sino acción salvadora de Dios que interviene en la comunidad cristiana creyente y que exige la fe de los adultos que se bautizan o de los padres y padrinos del niño que desean bautizar” (Casiano, 1991, p. 69).

La teología se ha basado en la doctrina de San Agustín para defender la necesidad del bautismo los niños, porque ese pecado solo puede ser borrado por la inmersión en el agua. Según la teología escolástica, los que morían sin el bautismo iban al limbo, donde gozaban de una felicidad natural, sin poder ver a Dios. Pero si esto fuera verdad, esto significaría que el pecado de Adán es más poderoso que la redención universal efectuada por Jesús. Esto es algo que no se puede admitir de ninguna manera. La iglesia confía al amor del Señor los niños muertos sin el Bautismo.

Es importante involucrar a los padres de familia y padrinos en este proceso de evangelización, es decir, asegurando las bases de una buena Iniciación Cristiana en los bautizados. (Cfr. Casiano Floristán, 75). Con esto surge la pregunta de si los padres saben de la responsabilidad que tienen en la educación de los hijos después de celebrado el Bautismo, y si la Parroquia y la Escuela facilitan los medios para que esto se lleve a cabo. Hay que llevar a cabo una buena catequesis con los padres de familia, involucrándolos

desde un comienzo en dicha preparación. Es importante en el Bautismo de los niños hacer un catecumenado posbautismal, como dice el Catecismo de la Iglesia Católica

Desde que el bautismo de niños vino a ser la forma habitual de celebración de este sacramento ésta se ha convertido en un acto único que integra de manera muy abreviada las etapas previas a la iniciación cristiana. Por su naturaleza misma, el bautismo de niños exige un catecumenado postbautismal. No se trata solo de la necesidad de una instrucción posterior al bautismo, sino del desarrollo necesario de la gracia bautismal en el crecimiento de la persona. Es el momento propio de la catequesis (CCE1231)

En el bautismo de los niños la intervención de Dios como de los sujetos es peculiar. En lo referente a la intervención de Dios “hay que decir que ningún sacramento, como el bautismo de niños, expresa con tanta claridad y fuerza la absoluta gratuidad del don de Dios que, sin ningún mérito por parte del sujeto, regala su gracia; la soberana iniciativa divina, que aún a riesgo de una respuesta posterior negativa se adelanta, y nos ofrece la salvación...” (Borobio, 2003, p. 205). La acogida de este don sucede por mediación de la Iglesia y los padres del bautizado. Es algo original en la intervención del sujeto en comparación con otros sacramentos. Porque “en el bautismo de niños se bautiza también la relación pedagógica, el compromiso educador en la fe de los padres” (Borobio, 2003, p. 205).

2.2 Eucaristía: celebración del encuentro con Cristo en el sacramento y en la comunidad cristiana.

La humanidad desde la antigüedad siempre ha buscado reunirse. Pero no siempre se ha valorado la reunión de la misma forma. Algunas veces prevalece más el individualismo, el autoritarismo; y en otros momentos predomina más el asociacionismo, el carácter grupal, el sentido comunitario, la democracia. El segundo aspecto es el que más predomina en nuestra época. Se podría decir que el reunirnos es el pan de cada día, algunas veces se exagera con tantas reuniones.

Cada asamblea debe ser convocada, está conformada por personas, tiene un objetivo, la participación debe ser ordenada. Da lugar a un tipo de asamblea, bien sea de obreros, de patronos, profesores. Aquí se dialogan y se discuten temas de toda índole, se piden opiniones para solucionar ciertos problemas. La asamblea se ha convertido en la pieza clave de la democracia.

También los cristianos nos reunimos en asamblea en diversas circunstancias y por diferentes motivos. Pero la asamblea por excelencia de los cristianos es la Eucaristía. Esto no es ninguna novedad, aunque la expresión asamblea eucarística suene novedosa desde del Concilio Vaticano II.

La verdadera novedad debería consistir en el carácter y estilo de la asamblea, en nuestra forma de estar y participar, en el sentido y contenido de lo que celebramos, en los compromisos y decisiones que asumimos. Si es verdad que los ritos de apertura tienden a constituirnos en asamblea eucarística, ¿podríamos decir que efectivamente cumplen su objetivo? ¿No hay entre nosotros individualismo e indiferencia? ¿No parecemos más un

conglomerado de desconocidos que una asamblea de creyentes? ¿No se da acaso la dispersión local y, lo que es peor, la separación y la división interna? (Borobio, 2003, p.290).

La finalidad de los ritos de apertura es llevar a los fieles reunidos a que constituyan una comunidad y se dispongan como es conveniente a oír la Palabra de Dios y a celebrar la Eucaristía, como lo indica La Ordenación del Misal Romano en el número 24.

La Ordenación del Misal Romano en el numeral 7 define la Eucaristía como “la cena del Señor, o misa, es la asamblea sagrada o congregación del pueblo de Dios, reunido bajo la presidencia del sacerdote para celebrar el memorial del Señor. De ahí que sea eminentemente válida, cuando se habla de la asamblea local de la santa Iglesia, aquella promesa de Cristo: “Dónde están reunidos dos o tres en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18, 20).

“La Eucaristía “es fuente y cima de toda la vida cristiana” (LG 134). “Los demás Sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras del apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir Cristo mismo, nuestra Pascua” (PO 135)” (Catecismo de la Iglesia Católica, No 1324). Finalmente, “por la celebración eucarística nos unimos ya a la liturgia del cielo y anticipamos la vida eterna cuando Dios será todos en todos. Cfr. 1 Cor, 1528. En resumen la Eucaristía es el compendio y la suma de nuestra fe: <<Nuestra manera de pensar armoniza con la Eucaristía y a su vez la Eucaristía confirma

nuestra manera de pensar>> (San Ireneo, haer 4,18,5)” (Catecismo de la Iglesia Católica, No 1326)

Con lo anterior se puede afirmar que la asamblea eucarística, no es un grupo que pertenece a un mismo club, o aun mismo partido político. Las personas que se reúnen allí no es por que tengan un mismo pensamiento, ni por sentir una misma necesidad religiosa, lo hacen porque han recibido un mismo Bautismo, tienen una misma fe y confiesan a un mismo Dios y Padre que nos ha salvado por Cristo y nos renueva en el Espíritu (cfr Ef 4,4-6). Además esta asamblea no puede estar conformada por cualquier tipo de personas, debe estar conformada por cristianos bautizados y creyentes, que desean renovar su fe en la fe de la misma Iglesia, que es proclamada y actualizada en la Eucaristía. Es en la Eucaristía donde se manifiesta la profesión e identificación de la fe. Por eso quien no es creyente bautizado no puede celebrar a plenitud la eucaristía.

Ante todo esta asamblea no se convoca por iniciativa humana, sino por iniciativa divina. Es Dios quien convoca a los hombres y no lo contrario. Los ministros de la Iglesia pueden representar la llamada y la convocatoria, pero no suplantán al verdadero Convocador. Nos reunimos en nombre del Señor Jesús, más no en nombre de cualquier líder o personaje meramente humano. Por eso esta asamblea es ante todo eclesial. Porque “la Eucaristía es la manifestación y realización más privilegiada de la estructura y sacramentalidad de la Iglesia” (Borobio, 2003, p. 292). No puede haber Eucaristía sino hay Eucaristía eclesial, como lo menciona Borobio.

La verdadera asamblea eucarística exige de una verdadera comunidad, representada en la Iglesia cuya cabeza de este cuerpo de la Iglesia es Cristo (Col 1,18). Por eso el verdadero sujeto de la Iglesia no es el individuo sino la Iglesia entera. Esta asamblea se reúne para conmemorar el acontecimiento de salvación en el acto cultural de la acción de gracias o fracción del pan. Es en esta asamblea donde se hace realidad el acontecimiento salvador de la pascua. La finalidad de esta asamblea es original, porque no es simplemente humana, es también divina, no es solo inmanente sino también trascendente.

Por último esta asamblea no es discriminatoria ni contradictoria. Se reúne bajo el símbolo de la unión, del amor, de la reconciliación que son signos propios de la fraternidad cristiana. Es cierto que no toda asamblea es cristiana, ni toda asamblea cristiana es eucarística, ni toda asamblea eucarística es perfecta, pero toda eucaristía requiere de una asamblea, y esta asamblea debe esforzarse en realizar los rasgos que la diferencian de los demás. No es ella la que hace existir la eucaristía, sino que la recibe como una tradición que le ha sido dada, como un don que procede de Cristo (1 Co 11,23). Esta es una asamblea compuesta por personas, que aunque son conscientes de su conversión radical a Dios siempre sienten la necesidad de una conversión permanente. Porque es normal que en la eucaristía haya divisiones, injusticias, egoísmos. Pero no hay verdadera celebración sino hay una conversión y un deseo consecuente de reconciliación.

Cristo está presente en la asamblea, no de manera pasiva, sino de un modo activo y reconocido. Es “Él el primer actor de la acción litúrgica, el agente principal de la eucaristía. Sin él, actuando en la fuerza del Espíritu, no habría eucaristía. Cristo es el centro de la

acción litúrgica, y el mediador eficaz de la alabanza y la santificación en la eucaristía” (Borobio, 2003, p. 296).

Esta presencia de Cristo es intensa y significativa, como lo afirma la Constitución de liturgia: “Cristo está siempre presente en la Iglesia, sobretodo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la misa, no solo en la persona del ministro , ofreciéndose ahora por el ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz, sino también, sobre todo, en las especies eucarísticas” (SC 7). Está presente como sacerdote y víctima, como aquel que se ofrece en verdadero sacrificio. “Cristo no realiza un nuevo sacrificio en la misa, pero sí hace presente su autosacrificio de modo sacramental. La eucaristía es memorial del sacrificio de Cristo” (Borobio, 2003, p. 296).

2.3 Confirmación: Reafirmación por Cristo y su seguimiento.

Origen del Sacramento de la confirmación

La Confirmación ha sido desde hace mucho tiempo un sacramento olvidado y rezagado, solo se celebraba con ocasión de la visita del Obispo y con niños que ya tenían uso de razón. Hoy se le ha dado una relevancia, dándole un acento importante, debido al momento en que se sitúa, en la adolescencia. Hay una preparación larga, se derivan compromisos importantes, se produce un impacto importante para el resto de la vida.

Se afirma que el sacramento de la Confirmación es confirmar los compromisos adquiridos en el Bautismo, pero este es el sacramento del Espíritu, por eso, “la

Confirmación es necesaria, porque es necesario que se exprese de forma concreta y sacramental el don del Espíritu pentecostal, así como es necesario el Bautismo para que se exprese sacramentalmente el misterio pascual de la muerte – resurrección de Cristo de forma simbólica adecuada” (Borobio. 2003, p.244).

En el Nuevo Testamento no se habla de la Iniciación Cristiana ni de Confirmación, pero se encuentran elementos que ayudan a una posterior clarificación. En un primer momento se ve que el Espíritu prometido por Cristo (cf. Jn 14-17; Lc 24,49; Hch 1,8), es enviado a los apóstoles, a la comunidad de todos los creyentes, incluso a todas las gentes (Jn 20, 22-23; 10, 44-48). Cristo cumple la promesa de enviar el Espíritu de una forma triple: Teofánica o más visible, por medio de signos extraordinarios como sucede en Pentecostés (Hch 2, 1-42); personal o más invisible, por la fe y el amor de la vida ordinaria, como en quienes viven en Cristo y en el Espíritu (Jn 14, 16.24; Col 2-3; Rm 8, 8-10; Gal 2, 20) y sacramental o más simbólica, a través de signos concretos, al igual que en el Bautismo o la imposición de manos (Hch 2, 38-39; Mc, 1-8; Jn 3,5; Hch 8, 14-17; 19, 1-6). Aquí se demuestra cómo la comunidad necesita expresar el don del Espíritu a través de formas visibles y externas, la cual es la sacramental: baño de agua e imposición de manos, son dos ritos distintos, pero no dos ritos separados. En los dos se habla del Espíritu, no como separados, sino como algo progresivo y diversamente significativo. El objetivo es el mismo, “la plena participación en el misterio de Cristo, y la total incorporación a la comunión de la Iglesia; el paso del hombre viejo al hombre nuevo, o la iniciación bautismal cristiana” (Borobio, 2003, p.245).

La confirmación, sacramento de la iniciación cristiana

Los sacramentos son distintos y a la vez semejantes. Distintos porque cada uno de ellos lleva a un nivel de profundidad distinto en el misterio de Cristo y semejantes porque cada uno de ellos hace ahondar en este misterio de Cristo. Por eso hay que considerar el sacramento de la Confirmación, **COMO UN MOMENTO SACRAMENTAL DEL GRAN SACRAMENTO DE LA INICIACIÓN CRISTIANA**, en referencia al sacramento del Bautismo, la Eucaristía y los otros momentos que integran esta Iniciación.

La Iglesia insiste en esta unidad, por eso el ritual de Bautismo de niños afirma: “Los tres sacramentos de la Iniciación Cristiana están íntimamente unidos entre sí, de tal modo que conducen a los fieles a aquella plena madurez cristiana por la que pueden cumplir en la Iglesia y en el mundo, la misión propia del pueblo de Dios” (Ritual, No 2).

Para algunos esta unidad supone un orden determinado en la celebración: Bautismo, Confirmación y Eucaristía. Otros creen que para salvar esta unidad, no hay que seguir este orden, dicen “que la unidad se logra por una nueva re estructuración de la Iniciación Cristiana, y más importante es la mutua ordenación dinámica que el orden cronológico. Por lo mismo, el estado actual de las cosas (comienzo con el Bautismo de niños) no debe encontrarse inconveniente en retrasar la confirmación después de la primera Eucaristía”. (Borobio, 2003, p. 254).

La confirmación sello del don del Espíritu Santo

Esta es la fórmula que pronuncia el Obispo, “recibe por esta señal el don del Espíritu Santo”. Con esto se indica lo central de este sacramento, lo que quiere decir que la

Confirmación es la sacra mentalización del don del Espíritu Santo. Este aspecto es resaltado por los padres de la Iglesia en relación con el Espíritu que recibe Jesús en el Bautismo, con el Espíritu de pentecostés o con el Espíritu que anima a la Iglesia al apostolado. El Concilio Vaticano II ha insistido en la relación de la confirmación con el Espíritu de Pentecostés. Por eso afirma, “el sacramento de la Confirmación, por el que reciben la efusión del Espíritu Santo, que fue enviado por el Señor sobre los apóstoles en el día de pentecostés...” (Ritual No 1). A los confirmandos se les pregunta “¿Creéis en el Espíritu Santo... que os será comunicado... por el sacramento de la Confirmación, como fue dado a los apóstoles el día de pentecostés?” (Ritual No 28).

La referencia que hace el sacramento de la Confirmación al hecho de Pentecostés, es lo que lo diferencia de los demás sacramentos. Aunque el Espíritu es el don de todos los sacramentos, ninguno expresa el acontecimiento de Pentecostés, como lo hace la Confirmación. Por eso la Confirmación es la actualización de ese acontecimiento, es el nuevo Pentecostés.

La confirmación, perfeccionamiento de la vida bautismal en Cristo

La Confirmación al estar unida con el Bautismo, tiene que ver con el perfeccionamiento del Bautismo, y más cuando este se ha recibido de niños. Por eso los padres de la Iglesia hablaron del óleo de la perfección, del óleo de consumación (Cirilo de Jerusalén), de aquello que le falta al bautismo (Ambrosio). Fausto de Riez decía: “en el bautismo somos regenerados a la vida, después del bautismo somos configurados para la lucha, después del bautismo somos robustecidos”. En ritual de la Confirmación se habla de

este aspecto: “por esta donación del Espíritu santo los fieles se configuran más perfectamente con Cristo y se fortalecen con su poder...” (Ritual No 2).

Este perfeccionamiento se manifiesta en dos direcciones, a nivel personal en la adhesión a Cristo, aceptando su vida y su mensaje; y la eclesial, de unión y aceptación de la misión de la Iglesia. Por eso, “la confirmación confirma, reafirma, fortalece en lo recibido, da fuerza para profundizarlo y expandirlo. La vida de Cristo se perfecciona en nosotros para que nosotros la pongamos al servicio de los demás” (Borobio, 2003, p. 256).

La confirmación nos une más perfectamente a la Iglesia y a sus tareas

La dimensión eclesial es un elemento constitutivo del sacramento de la confirmación. Este vendría a desarrollar aquellos compromisos adquiridos en el Bautismo, que estaban necesitados de crecimiento, personalización, de aceptación a la comunidad de los creyentes. A esto se le da gran importancia desde los primeros siglos, cuando el obispo iba y confirmaba, resaltando la unión con la Iglesia de los bautizados. El nuevo ritual afirma este aspecto: “Por esta donación del Espíritu Santo los fieles se configuran más perfectamente con Cristo... para dar testimonio de Cristo y edificar su cuerpo en la fe y en la caridad” (Ritual, No, 2).

En la Confirmación se trata de manifestar públicamente la pertenencia a la Iglesia, y de un compromiso público ante quien preside la Iglesia local u obispo de mantener la comunidad eclesial, para asumir las tareas de edificación y expansión de la Iglesia. “Si por el bautismo somos incorporados a la iglesia inicialmente, por la confirmación somos

integrados más directamente a la misión de la Iglesia, a sus tareas apostólicas, proféticas, de caridad y justicia, de adoración y de alabanza a Dios” (Borobio, 2003, p. 257).

La confirmación nos compromete de forma especial al testimonio

La Confirmación no mira el mundo desde fuera, de manera irreal; todo lo contrario, lleva a que el cristiano mire el mundo concreto, y de testimonio desde las diferentes situaciones que le toca vivir. En la Escritura y la tradición vemos este aspecto. El Espíritu es la fuerza que se da para la transformación del mundo, para la valentía en la predicación como sucedió con los apóstoles después de Pentecostés, para ser “buen olor de Cristo” como dice Pablo, para ser testigos hasta los confines de la tierra como lo afirman los Hechos: “Recibiréis la fuerza del Espíritu santo que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta los confines de la tierra” (Hch 1,8).

Es cierto que esto no es lo único, pero, no hay que olvidar que el testimonio es la verificación de la autenticidad de la fe. Y es en la Confirmación, cuando se asume pública y conscientemente este compromiso con el testimonio en el mundo. Es cierto que en el Bautismo se asume este compromiso, pero es en la Confirmación donde se hace públicamente ante la comunidad. Por eso el Concilio Vaticano II afirma: “El apostolado de los laicos es participación en la misma misión salvífica de la Iglesia, apostolado al que todos están destinados por el mismo Señor en virtud del Bautismo y la Confirmación” (L. G 33). Y más adelante dice: “Por el sacramento de la Confirmación, los bautizados son unidos más perfectamente a la Iglesia, se enriquecen con una fortaleza especial del Espíritu

Santo, y de esta forma se obligan con mayor compromiso a difundir y defender la fe con sus palabras y sus obras, como verdaderos testigos de Cristo” (L. G 11).

La Confirmación se puede considerar como el gran sacramento de la Iniciación Cristiana. Aunque esta fe se exprese antes o después del Bautismo. Es en el sacramento de la Confirmación donde se expresa de manera libre, consciente, responsable, lo que implica la aceptación de la propia iniciación y cuanto supone. Si la Confirmación es vista como un sacramento de adultos, debería darse cuando la persona esté en edad de asumir compromisos religiosos. Ante esto surge un interrogante, ¿habrá que esperar esa edad para recibir la primera comunión?

El Papa Juan Pablo II reconoció que “existe una tendencia reciente del momento de la administración hasta la edad de 15-18 años, a fin de que la personalidad del sujeto esté más madura y pueda asumir más conscientemente un compromiso de vida y de testimonio cristiano” (Catequesis general, 9,2). La Confirmación es el momento más adecuado para dar una respuesta más personalizada y significativa.

De este modo entre la Primera Comunión y la Confirmación habría un espacio amplio para la evangelización, la catequesis y la maduración en la fe, de tal manera que quienes la reciban puedan dar una adhesión plena la Señor y asumir el compromiso de ser sus testigos. Esto trastorna el orden de los sacramentos de iniciación, ya que la Eucaristía se recibe unos años antes que la confirmación. Pero esto no debe ser considerado como algo dramático, porque también el bautismo ha sido separado algunos años de la primera comunión, y no a causados ningún problema.

En la situación actual de la Iglesia no se puede mantener el orden de la Iniciación Cristiana primitiva (Bautismo, Confirmación y Eucaristía) Eran recibidos al mismo tiempo, pero ahora son tres sacramentos distintos, que deben recibirse cada uno a su tiempo. “Lo que importa no es mantener el orden de la iniciación, sino hacer de los fieles cristianos hombres adultos en su fe. Por lo que se refiere a la confirmación, lo mejor sería esperar el momento en el que el joven está ya en condiciones de dar una respuesta personal a su fe e integrarse plenamente en la tarea de edificación y construcción de la Iglesia” (Borrogan, 2007, p. 92).

En este proceso la Iglesia, los va preparando durante estos años, para que vayan madurando en su fe y adquieran una conciencia muy clara de su compromiso cristiano. Nunca hay que olvidar, que el sacramento de la confirmación, debe ser como un pentecostés en la vida de quienes lo reciben.

3. El “antes” y el “después” dentro del itinerario de la vida sacramental.

Hoy son muchos los sacerdotes que sienten un sin sabor al momento de administrar los sacramentos, porque se dan cuenta, que la gran mayoría de personas los reciben sin saber lo que reciben y sin comprender el compromiso que adquieren para sus vidas. Seguramente hay muchas Diócesis y Parroquias que no se han percatado de esta realidad, y mucho menos se han preguntado qué hacer para revitalizar la actividad pastoral de la Iglesia.

No se puede desconocer que se tienen los Planes Pastorales, tanto Diocesanos como Parroquiales, que estos están iluminados por el Evangelio, se tienen proclamas, eslogan para cada mes, se realizan cursillos. Pero esto solamente se queda en meras palabras y en un documento escrito, no llegan al corazón de los fieles. Muestra de eso es que se siguen celebrando los bautismos, las primeras comuniones, las confirmaciones, los matrimonios, como siempre. Y mientras tanto muchas personas se alejan de la Iglesia, y los que acuden a ella, solo piden que nos los molesten con tanta predicadora y les administren los sacramentos como siempre.

Con este panorama surgen las siguientes preguntas, ¿Puede la Iglesia anunciar el evangelio de manera eficaz con estas condiciones?, ¿Puede la Iglesia evangelizar a la gente, cuando en la práctica, pone la evangelización solo en la predicación de la palabra, sin tener presente la manera concreta y práctica de celebrar los sacramentos?, ¿Puede evangelizar, cuando la predicación de la palabra va por un lado mientras que la administración de los sacramentos va por otro?

La respuesta es no. La iglesia no puede evangelizar a las personas bajo estas condiciones, por estas tres razones:

1. En primer lugar, la razón teológica que ya se ha mencionado anteriormente, la necesaria unión y coherencia que tiene que haber entre la palabra que se predica y el sacramento que se celebra. Palabra y Sacramento son los dos únicos acontecimientos de Jesús el Mesías salvador y liberador de los hombres. A Cristo no se le puede dividir. Pero la Iglesia lo está dividiendo a su manera en su actuar

pastoral. Lo divide en la medida que la Palabra apunta hacia una dirección y unas exigencias que luego el sacramento ignora. De esta manera el acontecimiento Cristo no se actualiza ante los hombres.

2. En segundo lugar, en este estado la Iglesia se contradice, porque lo que la Iglesia dice con la palabra predicada, lo contradice con el sacramento celebrado. Por un lado intenta formar la conciencia de la gente (en la predicación e instrucción religiosa) por el otro está deformando la experiencia religiosa de la gente (mediante la práctica religiosa establecida). Es cierto que en la vida es importante la palabra, pero también son importantes los hechos. Si lo que se dice va por un lado y lo que se vive por otro, la gente termina por no tomar en serio lo que se dice.

Con esto, por una parte no nos cansamos de anunciar que hay que vivir según el Evangelio, y por otra parte al mismo tiempo, se sigue admitiendo a la celebración sacramental a aquellos que viven a espaldas del Evangelio. Se predicán palabras comprometidas con el mensaje de Jesús y se adoptan posturas muy comprometidas con este mensaje, pero seguido de esto, se celebran los sacramentos de manera que ni tiene sentido de hablar de un sacramento comprometido. Por eso la mayoría de las personas no toman en serio lo que se les anuncia en la predicación.

3. En tercer lugar existe en todo este problema una razón de orden sociológico que es de la mayor importancia. Sucede que en nuestra sociedad, aunque se diga lo contrario, sigue siendo religiosa y seguramente más religiosa de lo que algunos se imaginan. Y prueba de esto, es que la gente cada día pide más bautizos, primeras comuniones, confirmaciones, bodas, entierros, procesiones. Esto tiene que ver

mucho con lo mágico y el hecho religioso está ahí. Si este hecho religioso juega un papel importante en la gente, de la misma manera debe ser un aspecto decisivo en el proceso de la evangelización.

Con esta práctica generalizada, lo que se puede percibir es, que la religiosidad popular se ha dejado crecer por sí sola, a merced del capricho popular y según los intereses de los poderosos. No se ha exigido que esta práctica sea coherente con el evangelio y de respuesta a las demandas de la predicación de Jesús. También los poderosos manejan la religión como quieren, sabiendo que ellos la necesitan, como principio de legitimación ante el pueblo, pero con tal que sea una religión que en la práctica no resulte exigente. Aceptan que haya palabras eclesiológicas, pero medianamente exigentes.

La iglesia, lamentablemente ha entrado en este juego, y se ha dedicado a publicar documentos magisteriales, a predicar homilias y sermones más o menos coherentes al Evangelio, pero ha dejado la práctica religiosa a merced de lo que ha venido saliendo. La iglesia saldrá de esta situación engorrosa, el día en que esté dispuesta a organizarse en comunidades sanas, en las que se proclamen el mensaje de Jesús con audacia, se acoja verdaderamente la experiencia de conversión y se celebre en unos sacramentos que son verdadera respuesta a las exigencias del Evangelio. Esta sería una verdadera “revolución religiosa” y la gente comprendería que con el evangelio no se juega. No se estaría optando por una Iglesia de puros, sino por una Iglesia que en su peregrinar por este mundo, busca la justicia, el amor y la libertad. Como escribe Casiano Floristán, en su libro, La evangelización, Tarea del Cristiano: “No es fácil revelar la identidad del sacramento cristiano como tampoco es fácil revelar la identidad cristiana. Lo que sí parece fuera de

duda es que no es posible creer sin celebrar adecuadamente la fe, ni celebrar los sacramentos de la fe sin creer al mismo tiempo”.

4. La vida cristiana exige conversión: Optar de una manera consciente por el seguimiento de Jesús.

En los evangelios la relación fundamental y cercanía de Jesús con sus discípulos se expresa por medio de la metáfora del seguimiento. Lo que quiere decir, que hay verdadera relación con Jesús y auténtica fe donde hay seguimiento de Jesús. En este seguimiento oímos y vemos el acontecer del Reino de Dios, la conversión de cada persona, que es el punto de partida para la transformación de la sociedad y se abren los caminos de la vida eterna. “En la Escuela de Jesús aprendemos una “vida nueva” dinamizada por el Espíritu Santo y reflejada en los valores del Reino” (Discurso de Clausura en V Conferencia del Episcopado Latinoamericano. Aparecida, Brasil. Mayo de 2007). Es decir, es creyente el que sigue a Jesús.

Esta afirmación tiene su fundamento, cuando los evangelios cuentan la primera relación seria y profunda de Jesús con determinadas personas, expresan esa relación mediante la metáfora del seguimiento: con los primeros discípulos junto al lago (Mt 4, 20.22), en la vocación del publicano Leví (Mt 9,9), en el episodio del joven rico (Mt 19,21), en la versión que da el evangelio de Juan de los primeros creyentes (Jn 1, 37.38.40.43), incluso cuando se trata de individuos que no estuvieron dispuestos a quedarse con Jesús (Mt 8, 19.22; Lc 9, 59.61). En estos casos la relación con Jesús se expresa a través de la metáfora del seguimiento.

La llamada de Jesús se enmarca en un esquema fijo y uniforme: Jesús pasa (Mc 1,16.19; 2,14), ve a alguien (Mc 1, 16.19; Jn 1,47), indicación de la actividad profesional de ese hombre (Mc 1, 16.19; 2,14; Lc 5,2), la llamada (Mc 1, 17-20; 2,14; Jn 1,37); el dejarlo todo (Mc 1, 18.20, no aparece en Mc 2, pero si en Lc 5 11.28), quien es llamado sigue a Jesús (Mc 1 18.20; 2,14; Lc 5,11). Estos llamados de vocación en los evangelios tienen un final determinado: “el seguimiento, que es la afirmación práctica y concreta de la relación que, a partir de entonces, el hombre establece con Jesús” (Castillo, 2005, p. 16).

El seguimiento de Jesús no es una experiencia limitada para los discípulos, sino que es para todo el que quiera estar cerca de él y seguirle. Jesús lo expresa cuando afirma “que el que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y me siga” (Mc 8,34; Mt 16,24; Lc 9,23). Aquí no sólo se estaba refiriendo a los discípulos, sino también a la multitud, y la multitud es una designación del grupo que estaba alrededor de él, es decir de los no israelitas. No se debe tener miedo a tomar la cruz es ahí donde se es fiel al seguimiento de Jesucristo, ella esta iluminada por la luz de la Resurrección. Es así, como el discípulo abre caminos de vida y esperanza para los pueblos que sufren por el pecado y todo tipo de injusticias.

Para poder recibir las enseñanzas de Jesús y experimentar su acción liberadora hay que seguirle paso a paso en los caminos del Evangelio. Por eso Juan nos dice que Jesús es la luz del mundo, pero solo el que le sigue se verá liberado de las tinieblas y tendrá la luz de la vida (Jn, 8,12), “las ovejas conocen mi voz: yo las conozco y ellas me siguen”, en esta parábola se aprende a ser discípulo. (Jn 10,27), es decir, “lo que define a los que son de Jesús es el conocimiento, que en el lenguaje bíblico expresa relación mutua profunda y

comuni3n de vida y, por otra parte, el seguimiento que es la adhesi3n, no verbal ni de principios, sino de conducta y vida, comprometi3ndose con 3l y como 3l a entregarse sin reservas al bien del hombre” (Castillo, 2005, p. 18). Esto mismo vuelve a aparecer en el momento final, “el que quiera servirme, que me siga, y all3 donde est3 yo, est3 tambi3n mi servidor” (Jn 12,26). Aquel que quiere estar con Jes3s, no tiene m3s camino que el seguimiento. No se participa en la luz, no hay pertenencia a Jes3s, ni servicio incondicional fuera del seguimiento.

Este seguimiento trae consigo unas consecuencias, por eso, aunque el llamado a seguirle es para todos, es un llamado libre, mas no impositivo. Por lo tanto quien se decide a acoger es llamado y seguirle, no puede acomodarlo seg3n sus necesidades e intereses. Jes3s llama a los disc3pulos para que est3n con 3l, y el estar con 3l, implica estar cerca de 3l. Porque, quien est3 con Jes3s lejanamente corre el peligro de negar su fe e incluso de traicionar su amistad, como le sucedi3 a Pedro en el momento de la pasi3n (Mt, 26,58; Mc 14, 54; Lc 22, 54). Hay que estar con y junto a la persona que se sigue.

Jes3s llama a los disc3pulos para que est3n con 3l y para enviarlos a predicar, es lo primero y fundamental de nuestra fe, y tener fe es estar cerca de 3l. De ah3 que seguir a Jes3s es vivir con 3l y como 3l. Este llamado a ser disc3pulos misioneros, exige de cada persona, una decisi3n clara por Jes3s y el Evangelio, coherencia entre la fe y la vida, encarnaci3n de los valores del Reino, inserci3n en la comunidad y ser signo de contradicci3n y novedad en un mundo en el que se promueve el consumismo y desfigura los valores que dignifican al ser humano. En un mundo que se cierra al Dios del amor, el disc3pulo debe ser signo de este amor para los dem3s. 3l no los llama para algo sino para

alguien, son elegidos para vincularse íntimamente con su persona (cf. Mc 1, 17; 2,14), como lo menciona el Documento de Aparecida en el número 131. Para que sean de él y formen parte de los suyos y, por lo tanto participen de su misión.

El discípulo experimenta que la vinculación íntima con Jesús en el grupo de los suyos es participación de la Vida salida de las entrañas del Padre para asumir su mismo estilo de vida y sus mismas motivaciones (cf. Lc, 6, 40b), correr su misma suerte y hacerse cargo de su misión de hacer nuevas todas las cosas (DA 131).

Se puede afirmar que se está cerca de él. Pero hay algo más, el seguimiento de Jesús exige movimiento, no se trata de estar donde está Jesús, sino además ir a donde Él va.

El discípulo debe configurarse y admirarse por la persona de Jesús, la llamada que le hace en el amor busca suscitar una respuesta “consiente” y “libre” desde lo más íntimo de su corazón, busca una adhesión sabiendo que Cristo lo llama por su nombre (cf. Jn 10, 3). Es un sí que comprometa radicalmente la libertad del discípulo a entregarse a Jesucristo, como camino, verdad y vida (cf. Jn 14, 6). Esta es una respuesta de amor, de quien lo amó primero “hasta el extremo” (cf. Jn 13,1), así lo indica Aparecida en el número 136. “En este amor de Jesús madura la respuesta del discípulo: “Te seguiré adonde quiera que vayas” (Lc 9, 57)” (DA 136).

En el seguimiento de Jesús es necesario asumir la centralidad del mandamiento del amor, “ámense los unos a los otros como yo los he amado” (Jn 15,12). Este es el distintivo

de todo cristiano, por el testimonio de este amor es que “los reconocerán como discípulos míos” (Jn 13,15). Por el sacramento del bautismo hemos recibido la misión de ser discípulos misioneros. Por eso cada bautizado es un “agente evangelizador” desde la función que este desempeñando, lo dice el Papa Francisco en la Exhortación Apostólica *Evangelii Gadium* en el numeral 120, no se debe esperar que esta acción evangelizadora sea llevada por unos pocos cualificados, mientras los demás son espectadores. De ahí que la nueva evangelización deba darle el papel protagónico a los bautizados. Los bautizados no pueden aplazar el compromiso con la evangelización.

Para esto no se necesita gran preparación, basta haber tenido la experiencia del Dios que salva, no se necesita de largos cursos y preparaciones. “Todo cristiano es misionero en la medida que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús, ya no decimos que somos “discípulos” y “misioneros”, sino que somos siempre “Discípulos misioneros” (EG 120). Los primeros discípulos dan muestra de ello, cuando tenían el encuentro con Jesús, salían a proclamarlo, diciendo que habían encontrado al Mesías (cf. Jn 1,41). La Samaritana después de dialogar con Jesús se convirtió en misionera, y muchos samaritanos se convirtieron al escucharla, (cf. Jn 4,39). Pablo tomo como punto de partida para su conversión y su evangelización el encuentro con Jesucristo y se “puso a predicar que Jesús era el Hijo de Dios” (Hch 9,20). Aunque somos evangelizados, no quita que también salgamos a evangelizar y a “ofrecer el testimonio del amor salvífico del Señor, que más allá de nuestras imperfecciones nos ofrece su cercanía, su Palabra, su fuerza y le da un sentido a nuestra vida” (EG 121).

El discípulo misionero lleva a cabo su tarea evangelizadora en una realidad concreta, en el lugar en el cual se encuentra. En el seguimiento de Cristo se aprende a ser obediente al Padre, a experimentar la compasión por el más débil, a ser cercano con los pobres, a ser servidor de los demás e ir en busca de la oveja perdida; es decir, renuncia a sus seguridades e intereses para ir a la periferia, respondiendo a la invitación que nos hace el Papa Francisco. El discípulo debe estar siempre en un camino de conversión para poder responder al llamado de Jesús, no sólo de Palabra, sino con el testimonio de su vida, porque este es el principal medio de evangelización, como lo dice Pablo VI en la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*. Además “la misión no se limita a un programa o proyecto, sino que es compartir la experiencia del acontecimiento del encuentro con Cristo, testimoniarlo y anunciarlo de persona a persona, de comunidad a comunidad, y de la Iglesia a todos los confines del mundo cf. Hch 1,8” (DA 144).

Esta obra se lleva adelante gracias a la acción del Espíritu Santo. Jesús desde el principio formó a los discípulos en el Espíritu Santo (cf. Hch 1,2). Los seguidores de Jesús deben dejarse guiar, siempre por la acción del Espíritu Santo, haciendo propia la pasión por el Padre y el Reino; anunciando la buena nueva a los pobres, curando a los enfermos, consolando a los tristes, liberar a los cautivos y anunciar a todos el año de gracia del Señor (cf. Lc 4, 18-49).

Esto se hace presente en nosotros por la acción del Espíritu Santo, que también a través de los sacramentos nos ilumina y vivifica. “En virtud del Bautismo y la Confirmación, somos llamados a ser discípulos misioneros de Jesucristo y entramos a la comunión trinitaria en la Iglesia, la cual tiene su cumbre en la Eucaristía, que es principio y

proyecto de misión del Cristiano” (DA 153). Por eso, “la santísima Eucaristía lleva la iniciación cristiana a su plenitud y es como el centro y el fin de toda la vida sacramental” (S C 17).

CAPÍTULO III

PROPUESTA PASTORAL

1. Somos amados y elegidos por Dios. (Jer. 1, 5).

Teniendo presente y comprendiendo las vocaciones que Dios ha hecho a lo largo de la historia reflejada en el Antiguo Testamento, y las vocaciones hechas por Jesús en los Evangelios, podemos, entender el significado, el alcance y al implicaciones de nuestra propia vocación. “No hay seguimiento sin vocación (Jn 15,16), y no hay vocación sin misión” (Peresson, 2006, p. 52).

En el Antiguo Testamento Dios llama a diferentes personas para ejercer una tarea específica en la vida de su pueblo. Esto les implica que abandone su tierra, su domicilio, sus bienes y su lugar de residencia. Ejemplos de este llamado son Abraham (Gn12, 1); Moisés (Ex 3,10), Jeremías (1,17). Es decir que “quien es llamado por Dios comienza una forma particular de vida y asume una responsabilidad concreta dentro del pueblo elegido” (Peresson, 2006, p. 52).

Dios llama directamente o por medio de un ángel y quien es llamado se sorprende, se le anuncia el mensaje divino, el escogido presenta una objeción, pero este llamado es confirmado por un signo, y finalmente viene la aceptación y la vocación.

En el nuevo Testamento la exigencia más radical de Jesús, fue la invitación a seguirlo, para dar inicio al discipulado. Jesús llama a las personas para seguirlo en comunidad de vida, misión y destino. Hay que tener presente que

Cada vocación está unida a la necesidad de comenzar una nueva vida. Hay que estar siempre con Jesús y acompañarlo a donde quiera que Él vaya. Los doce deben estar siempre al lado de Jesús para iniciarlos gradualmente en los misterios del Reino de Dios (Mc 4,11) y ser testigos oculares del sufrimiento de la gente y de la acción misericordiosa de Dios con la finalidad de asegurar la continuidad de su misión evangelizadora. La vocación es apostólica y misionera; se trata de continuar la obra iniciada por Jesús: anunciar y hacer presente la Buena Nueva del Reino. (Peresson, 2006, p. 58).

Jesús no es un modelo para imitar, sino alguien a quien hay que seguir, dejándolo todo: bienes, parientes, tierra, trabajo, etc. Es compartir plenamente la vida de Jesús, amarlo por encima de todas las cosas. Mario Peresson (2006, p.59) cita a Romaniuk, Casimiro, quien afirma lo siguiente: “Quien es llamado debe abandonar su ambiente, sus ocupaciones; debe renunciar a sus propios planes y a sus propias aspiraciones; debe comenzar todo de nuevo; en una palabra: el llamado debe ser una persona que renace de nuevo y es recreada”

Este llamado también se puede rechazar, como lo hizo el joven rico. “La vocación es un llamamiento totalmente libre por parte de Jesús y también una opción libre por parte de quien recibe el llamado: “Al oír estas palabras, el joven se marchó

apenado, porque tenía mucho bienes” (Mt 19, 22)” (Peresson, 2006, p. 60). En el rabinismo era el discípulo quien elegía al maestro. En Jesús la iniciativa parte de Él y no del discípulo. Quien es llamado no escoge donde estar, es Dios quien le indica el lugar y “seguir a Jesús es mantener una relación de cercanía a Él, gracias al hecho de ponerse en movimiento” (Peresson, 2006, p. 60).

2. La catequesis como itinerario de la iniciación cristiana.

La catequesis ha sido una de las tareas primordiales de la Iglesia, ya que Cristo Resucitado antes de ir al Padre dio este mandato a sus discípulos, de ir a anunciar todo lo que habían visto y palpado, haciendo nuevos discípulos. A la vez les dio autoridad para explicar todo lo que Él les había enseñado. Dándoles su espíritu para poder cumplir esta misión. Más adelante “se llamó catequesis al conjunto de esfuerzos realizados por la Iglesia para hacer discípulos, para ayudar a los hombres a creer que Jesús es el Hijo de Dios, a fin de que, mediante la fe, ellos tengan la vida en su nombre, para educarlos e instruirlos en esta vida y construir así el Cuerpo de Cristo. La Iglesia no ha dejado de dedicar sus energías a esa tarea” (CT 1).

La catequesis tiene como objetivo hacer madurar la fe, inicia al discípulo y lo educa a través de un conocimiento más profundo y sistemático de la persona de Jesucristo. Además introduce al pueblo en el misterio de Cristo. Es en ella dónde se transmite de forma sencilla y substancial el mensaje de Cristo. Por eso es importante intensificar la catequesis y la formación en la fe, tanto de los niños, los jóvenes y los adultos. Esta reflexión madura de la fe es la luz para el camino de la vida fuerza para ser testigos de Cristo.

La evangelización siempre ha ido unida a la promoción humana y a la auténtica liberación cristiana. “Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: En el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús mismo encontramos a Dios” (Deus Caritas Est, 15). Pero es necesario una catequesis social y una formación en la doctrina social de la Iglesia. La vida cristiana no se expresa solo en las virtudes personales, sino también en las virtudes sociales y políticas. Por eso

El discípulo, fundamentado así en la roca de la Palabra de Dios, se siente impulsado a llevar la buena nueva de salvación a sus hermanos. Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva (cfr. Hch 4, 122). En efecto, el discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay amor, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro. (Discurso inaugural de Benedicto XVI en la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano, Aparecida, Brasil, mayo 2007).

Se da por supuesto que los niños, jóvenes o adultos que llegan a la preparación a los sacramentos ya han tenido una primera evangelización, en el seno familiar, en el conjunto de una sociedad mayoritariamente cristiana. Pero en la práctica sucede todo lo contrario. La mayoría de los niños no han sido despertados a la fe en sus familias, llegan “sin haber recibido una iniciación en la fe” (CT 19). Excepto algunas excepciones. Este despertar religioso propio de los primeros años, no ha sido realizado en las familias. Aunque han bautizado al hijo en sus primeros años de vida, con una catequesis, para padres y padrinos,

generalmente insuficiente. El DG para la catequesis en el número 58 enumera tres situaciones que se deben tener en cuenta en el momento de la evangelización y de la catequesis:

- Comunidades, dónde cristo y su evangelio no son conocidos, carencia de comunidades lo suficientemente maduras para encarnar la fe. Se necesita de una misión ag gentes, donde el proceso evangelizador este centrado en los jóvenes y en los adultos. La catequesis se desarrolla, invitándolos a la conversión y en un itinerario del catecumenado bautismal.
- Existen comunidades, conformadas y dotadas de estructuras eclesiales que ayudan a la maduración de la fe, que irradian el testimonio del Evangelio en su ambiente y están comprometidas en la misión universal. Estas comunidades necesitan de una acción pastoral intensa de la Iglesia por su gran contenido cristiano que las identifica. Es necesario que en estos ambientes la catequesis de niños, adolescentes y jóvenes “desarrolle verdaderos procesos de *iniciación cristiana*, bien articulados, que les permitan acceder a la edad adulta con una fe madura y que de evangelizados se conviertan en evangelizadores”. (DGC 58). Aquí los adultos son destinatarios de diversas formas de formación cristiana.
- En las Iglesias jóvenes existe una “situación intermedia” porque hay bautizados que han perdido el compromiso de vivenciar la fe, no se reconocen como miembros de la Iglesia y llevan una vida alejada del proyecto de Cristo y su

evangelio. Aquí se requiere una nueva evangelización. La acción misionera se dirige a todos los bautizados que viven lo religiosos solo desde lo externo. El primer anuncio y la catequesis fundante constituyen la acción prioritaria.

La mayoría de veces los agentes de pastoral no son conscientes de esta realidad. Por eso, “la «catequesis» debe a menudo preocuparse, no sólo de alimentar y enseñar la fe, sino de suscitara continuamente con la ayuda de la gracia, de abrir el corazón, de convertir, de preparar una adhesión global a Jesucristo en aquellos que están aún en el umbral de la fe. Esta preocupación inspira parcialmente el tono, el lenguaje y el método de la catequesis” (CT 19). Más aún, la catequesis no debe sólo suscitar la fe en un momento inicial, sino que tiene la tarea de alimentar esa fe en todas las etapas de la vida del creyente, se trata “de hacer crecer, a nivel de conocimiento y de vida, el germen de la fe sembrado por el Espíritu Santo con el primer anuncio y transmitido eficazmente a través del bautismo” (CT 20). La catequesis no debe ser vista como algo opcional, sino que es algo fundamental en la construcción tanto de la personalidad del discípulo como de la comunidad. Sin la catequesis la acción misionera quedaría infecunda y no tendría continuidad. Por eso la catequesis debe ser un momento privilegiado en la evangelización. La catequesis debe ser vista en términos de proceso, lo que supone la continuidad en un camino jalonado de etapas adecuadas a las distintas edades, en el que los sacramentos se insertaban como momentos fuertes de dicho proceso. Sin embargo hoy se constata, que esta continuidad en la mayoría de veces no existe. El proceso se interrumpe tras la primera comunión y la confirmación.

Todos lo que han sido educados en la fe por medio de la catequesis y reciben los sacramentos de la Iniciación Cristiana, el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía “son

liberados del poder de las tinieblas; muertos, sepultados y resucitados con Cristo; reciben el Espíritu de adopción; y celebran con todo el Pueblo de Dios el memorial de la muerte y resurrección del Señor” (AG 14). Por eso:

La catequesis es un elemento fundamental en la iniciación cristiana y está estrechamente vinculada a los sacramentos de la iniciación, especialmente el Bautismo. <<Sacramento de la fe>>. El eslabón que une la catequesis con el Bautismo es la Profesión de fe, que es, a un tiempo, elemento interior de este sacramento y meta de la catequesis. La finalidad de la acción catequética consiste precisamente en esto: propiciar una viva, explícita y operante profesión de fe” (DGC 66).

La catequesis de Iniciación en un primer momento debe ser orgánica y sistemática y ordenada de la fe, como lo pide el sínodo de 1977. Esto es lo que la diferencia de las demás formas de presentar la palabra de Dios. En un segundo momento, esta formación orgánica más que una enseñanza, es un aprendizaje de toda la vida cristiana, que propicia el seguimiento de Jesús centrado en su persona. Lo que busca es educar en el conocimiento y la vida de fe, haciendo que el hombre se vea “fecundado” por la Palabra de Dios. Esto ayudará al discípulo de Cristo a transformar el hombre viejo en hombre nuevo y asumir sus compromisos bautismales y profesar la fe desde el corazón. En un tercer momento “la catequesis pone los cimientos del edificio espiritual del cristiano, alimenta las raíces de su vida de fe, capacitándole para recibir el posterior alimento sólido en la vida ordinaria de la comunidad cristiana” (DGC 67).

Aunque la catequesis pone las bases en la vida cristiana en el que sigue a Jesús. Hay un proceso de conversión que va más allá de lo que proporciona la catequesis. Para favorecer este proceso de conversión se necesita de una comunidad cristiana que acoja al que se ha iniciado para sostenerlo y formarlo en la fe. Este acompañamiento por parte de la de la comunidad, hace que el iniciado se integre en la misma.

En la comunidad cristiana el discípulo de Cristo se alimenta “de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo” (DV 21). Este discípulo en su caminar debe alimentarse de estos dos aspectos. Y es el don del Espíritu Santo el que la comunión y el compromiso de la misión y hace que esta sea más fecunda.

Esta educación permanente no solo se dirige de manera individual, sino que también va dirigido a la comunidad cristiana, para que vaya madurando en su fe, en su amor a Dios, y se abra como comunidad misionera. Este es el deseo de Jesús cuando se dirige al Padre “Que todos sean uno. Como Tú, Padre, en mí y yo en Ti, que ellos también sean uno en nosotros para que el mundo crea que Tú me has enviado” (Jn 17, 21). Esto se hace realidad en la medida que la comunidad sea fiel a la acción del Espíritu Santo, se alimente del Cuerpo y la Sangre de Cristo, esté en una constante educación de la fe y escuchando la Palabra.

Estos son algunos medios de la catequesis permanente: El estudio y profundización de la Sagrada Escritura a través de la Lectio Divina, el conocimiento de la doctrina social de la Iglesia que nos ayuda a tener una lectura cristiana de los acontecimientos, la catequesis litúrgica que prepara a los sacramentos y favorece una comprensión y vivencia

de la liturgia, la iniciativa a una formación espiritual y la profundización sistemática del mensaje cristiano.

3. La catequesis vista como encuentro y seguimiento de Jesús en la comunidad cristiana.

Para comenzar el desarrollo de este apartado surge la siguiente pregunta: Quienes ayudan en la catequesis, ¿cómo la ven? ¿De qué se debe hablar en la catequesis? Pueda que la vean como algo ocasional, a lo que se le dedica cierto tiempo en determinados momentos de la vida; olvidando que la catequesis es el periodo en el que se estructura la conversión, dando la fundamentación a esta primera adhesión. Estos convertidos, mediante un aprendizaje que se prolonga durante toda la vida cristiana “son iniciados en el misterio de la salvación y en el estilo de vida propio del Evangelio. Se trata, en efecto, de iniciarlos en la plenitud de la vida cristiana” (DGC 63). También “la iniciación cristiana da la posibilidad de un aprendizaje gradual del conocimiento, amor y seguimiento de Jesucristo” (DA 291).

Seguramente en estos encuentros se habla de todo menos de lo fundamental: la persona de Jesús, olvidando que “el fin definitivo de la catequesis es poner a uno no sólo en contacto sino en comunión, en intimidad con Jesucristo”. (CT 5) Debe llevar al convertido a “conocer mejor a ese Jesús en cuyas manos se ha puesto: conocer su misterio, el Reino de Dios que anuncia, las exigencias y las promesas contenidas en su mensaje evangélico, los senderos que Él ha trazado a quien quiera seguirle” (CT 20). Es el bautismo quien sostiene con su gracia el trabajo que se hace en la catequesis.

Las catequesis se han convertido en momentos de dinámicas, análisis de la realidad, o de realizar actividades sin sentido que, la mayoría de veces terminan alejando y no conduciendo al niño y al joven al seguimiento de Jesucristo. No se es consciente que la catequesis desempeña un papel importante en el conjunto de la evangelización. Este es un período de enseñanza y de madurez, es decir, el tiempo en que el cristiano, habiendo aceptado por la fe la persona de Jesucristo como el solo Señor y habiéndole prestado una adhesión global con la sincera conversión del corazón, se esfuerza por conocer mejor a ese Jesús en cuyas manos se ha puesto: conocer, amar su «misterio», el Reino de Dios que anuncia, las exigencias y las promesas contenidas en su mensaje evangélico, los senderos que Él ha trazado a quien quiera seguirle, para ser discípulo misionero.

El que sigue algo en la vida es porque lo conoce y se apoya en algo para no desfallecer en este seguimiento, y se da una respuesta expresada en un sí. Para ser cristiano hay que responder con un «sí» a Jesucristo, recordemos que este «sí» tiene dos niveles: consiste en entregarse a la Palabra de Dios y apoyarse en ella, pero significa también, en segunda instancia, esforzarse por conocer cada vez mejor el sentido profundo de esa Palabra. Al igual que en otros momentos de la vida se nos pide que seamos conscientes del sí que estamos dando, aquí se nos pide que multipliquemos eso que hemos recibido. Siendo discípulos misioneros. La persona se hace cristiana porque ha recibido el primer anuncio, bien sea como adulto o como niño por medio de la catequesis, y este anuncio se acepta por la fe que se ha recibido, fe que se conoce y alimenta en la Palabra de Dios, este debe ser el texto guía de todo creyente.

La fe debe ir creciendo en el corazón del creyente lo cual lleva a un proceso de conversión que dura toda la vida. Esa conversión lleva a la persona a que vaya madurando y creciendo al igual que lo hace el niño hasta convertirse en adulto, y esta adultez- madurez es la plenitud en Cristo.

En el acercamiento al evangelio, del no creyente, del indiferente o del que pertenece a otra religión, por medio del primer anuncio brota un interés por el Evangelio, sin tener una decisión firme. Se puede denominar como simpatizantes a quienes manifiestan esta inquietud. Después de dar el primer paso, se necesita de una búsqueda, para poder llegar a hacer una opción firme. Esta opción por la fe debe ser sopesada y madurada. Esta búsqueda es impulsada por el Espíritu Santo y el anuncio del Kerigma, que prepara la conversión, que es inicial pero que es continua en el seguimiento de Jesucristo y el deseo de seguir caminando con Él. La conversión es algo que debe caracterizar al discípulo del Señor. La catequesis inicia en el conocimiento de la fe y en el aprendizaje de la vida cristiana, favoreciendo el camino espiritual, que tiene como consecuencia un cambio de actitudes y costumbres. Esta acompañado por renunciaciones, luchas y gozos, que Dios concede. Ya en este momento el discípulo está apto para realizar la profesión de fe. Esta profesión de fe no es el punto culminante en el proceso de la conversión, es el punto de partida y punto de llegada. La profesión de fe bautismal se ubica en las bases de un edificio destinado a crecer. Por eso “el bautizado, impulsado siempre por el Espíritu Santo, alimentado por los sacramentos, la oración y el ejercicio de la caridad, y ayudado por las múltiples formas de educación permanente de la fe, busca hacer suyo el deseo de Cristo: <<Vosotros sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto>>. Es la llamada a la plenitud que se dirige a todo bautizado” (DGC 56).

Como se ha mencionado la catequesis pone las bases de la vida cristiana en los seguidores de Jesús. Pero el proceso de conversión que se da va más allá de lo que propone la catequesis como base fundante. Por eso la catequesis debe tener una íntima unión con la acción responsable de la Iglesia y de los cristianos en el mundo. Todo el que se ha adherido a Jesucristo por la fe y se esfuerza por consolidar esta fe mediante la catequesis, tiene necesidad de vivirla en comunión con aquellos que han dado el mismo paso. “La catequesis corre el riesgo de esterilizarse, si una comunidad de fe y de vida cristiana no acoge al catecúmeno en cierta fase de su catequesis” (CT 24). El acompañamiento que ejerce la comunidad de aquel que es iniciado se transforma en formación plena del mismo en la comunidad y ella misma va madurando en su amor a Dios en la acogida y apertura a los demás. Por eso, la comunidad eclesial, a todos los niveles, es doblemente responsable respecto a la catequesis: tiene la responsabilidad de atender a la formación de sus miembros, pero también la responsabilidad de acogerlos en un ambiente donde puedan vivir, con la mayor plenitud posible, lo que han aprendido. Esto “requiere nuevas actitudes pastorales de parte de obispos, presbíteros, diáconos, personas consagradas y agentes de pastoral” (DA 291).

La catequesis está abierta igualmente al dinamismo misionero. Urge una catequesis misionera. Monseñor Fernando Sebastián afirmaba en diciembre de 2004 en el congreso de apostolado seglar:

Muchos de nuestros métodos y nuestras aspiraciones han cambiado bastante poco. La inmensa mayoría de nuestras parroquias, de nuestros colegios, de nuestras asociaciones siguen viviendo y actuando ahora como hace veinte,

treinta o cuarenta años. Y en muchos casos, peor, porque somos más rutinarios, porque tenemos menos iniciativas, porque la mayoría somos ya muy mayores. (cfr. Vida Nueva, 2.450, 2004: 24)

Si la catequesis se hace bien, los cristianos tendrán interés en dar testimonio de su fe, de transmitirla a sus hijos, de hacerla conocer a otros, de servir de todos modos a la comunidad humana. (cfr. CT 20). Capacita a los discípulos de Jesucristo, para estar como cristianos en la sociedad, en la vida cultural y profesional. Cada uno sirve según su vocación y en los diferentes servicios eclesiales. Este compromiso evangelizador para los laicos surge de los sacramentos de Iniciación Cristiana y del carácter secular de la vocación.

Se camina hacia una Iglesia dónde lo cuantitativo se va a ir desplazando a lo cualitativo. Puede que la Iglesia del futuro sea minoritaria, pero de seguro tendrá más fermento; con menos poder o presencia social, pero más testimonial. Se puede ganar mucho en presencia evangélica.

CAPITULO IV

IMPORTANCIA DE LA CATEQUESIS FAMILIAR

1. La familia como ambiente primario e insustituible del despertar religioso y de la educación cristiana de los hijos

La iglesia ha recibido del Señor, el mandato de anunciar el Evangelio por todo el mundo cfr. Mc 16,18, procurando la salvación para todos, “Dios quiere que todos se salven. (1 Tm 2, 3-4). Esta es una responsabilidad que tienen todos aquellos que se han incorporado a ella por medio del Bautismo. Esta responsabilidad cada cual la cumple según el llamado. Una es la participación de los Pastores, es decir, el sacerdocio ministerial, otra la del sacerdocio común. Ambas son necesarias y se complementan en la edificación y difusión de la Iglesia.

La participación de la Iglesia en el ejercicio del sacerdocio común, que se deriva del Bautismo, es diversa y múltiple, al igual que el número de bautizados. Así lo dice el Concilio Vaticano II, cuando hablando a todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida afirma que “según la diversa medida de los dones recibidos de Cristo, deberán esforzarse para que siguiendo sus huellas y amoldándose a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen totalmente a la gloria de Dios y servicio al prójimo” (LG 40). Uno de estos aspectos es la familia como primera trasmisora de la fe a los hijos.

Dentro de la acción pastoral de la Iglesia, la familia ocupa un lugar importante, porque la transmisión de la fe se empieza a gestar desde el núcleo familiar. Y para que llegue a nosotros necesita de mediaciones, entre las que está el testimonio de la familia cristiana. Sabiendo que la “fe es un don, no es producto de nuestros esfuerzos” (Alberich, 2010, p. 5).

Surgen preguntas tales como: si la familia tiene que ver algo en la transmisión de la fe, ¿cuál es la responsabilidad de la familia en la nueva evangelización? Otra pregunta fundamental es ¿a qué nos referimos cuando hablamos de familia cristiana? Con esta pregunta ya está dando razón a la misión que tiene como transmisora de la fe.

Para comprender la misión de la familia cristiana, se debe partir del significado que tiene la familia en el plan de Dios creador y salvador, como lo afirmó Benedicto XVI en la apertura de la asamblea eclesial de la diócesis de Roma (6. VI. 2005). Muestra el sentido que tiene el Papa al hablar de la familia. “Se refiere a la familia de fundación matrimonial y, se trata de bautizados, alude a la que se origina en el sacramento del matrimonio, que también es designada pocas veces con la expresión <<iglesia doméstica>>” (Sarmiento-Escrivá, 2013, p. 21).

La familia es de fundación matrimonial

Hasta hace unos años se entendía claramente el sentido que se quería expresar con el término familia. Era claro que cuando el Magisterio de la Iglesia hablaba de familia se refería a la que tiene su origen en el matrimonio. Más aún se entendía, que cuando se

hablaba de matrimonio se aludía a la unión entre un hombre y una mujer, que es indisoluble haciéndola diferente a todas las demás. Pero, el cambio cultural posterior, lleva a que sea necesario determinar la realidad que se quiere designar cuando se alude a esas palabras.

Hoy, incluso por parte de las leyes gubernamentales de los países, se promueve un relativismo en el cual el valor y significado de la realidad no depende de su naturaleza sino de la voluntad de los individuos o de la sociedad. Llegando a reconocer como matrimonio la unión de dos personas del mismo sexo. Por eso “el Magisterio de la Iglesia de los últimos años se refiere a la familia con expresiones como la <<familia de fundación matrimonial>> y al matrimonio como <<la unión exclusiva e indisoluble de un hombre y una mujer” (Sarmiento- Escrivá, 2013, p. 22).

La familia es el lugar donde cada persona aprende a dar y recibir amor. Por eso la Iglesia manifiesta una constante acción pastoral para la familia espacio de la persona humana. Como lo menciona el Magisterio de la Iglesia: “Dios, que es amor, creó al hombre por amor. Creando al hombre y la mujer, los ha llamado en el matrimonio a una íntima comunión de vida y amor entre ellos, “de manera que ya no son dos, sino una sola carne” (Mt 19,6)” (Compendio del catecismo de la Iglesia católica, 337).

En la catequesis del 14 de noviembre de 1979, Juan Pablo II afirmaba “que el hombre se ha convertido en imagen y semejanza de Dios, no sólo a través de la propia humanidad, sino también a través de la comunión de las personas que el varón y la mujer forman desde el principio. Se convierten en imagen de Dios, no tanto en el momento de la soledad, cuanto en el momento de la comunión”.

La familia es una institución intermedia entre el individuo y la sociedad y nada la puede suplir. Se apoya en la relación interpersonal entre el esposo y la esposa, sostenida por el afecto y la comprensión mutua. Recibe la ayuda de Dios en el sacramento del matrimonio, que es una vocación a la santidad. “ojalá los hijos contemplen más los momentos de armonía y afecto de los padres, que no los de discordia y distanciamiento, pues el amor entre el padre y la madre ofrece a los hijos una gran seguridad y les enseña la belleza del amor fiel y duradero” (Discurso del Papa Benedicto XVI, en el V encuentro mundial de las familias. 8. VII.2006. Ciudad de las artes y las ciencias, Valencia, España).

La familia es un bien para la sociedad, para los pueblos, al igual que lo es para los hijos, que son el fruto del amor, de la donación total y generosa de los padres. “Proclamar la verdad integral de la familia, fundada en el matrimonio como Iglesia doméstica y santuario de la vida, es una gran responsabilidad de todos” (Discurso del Papa Benedicto XVI, en el V encuentro mundial de las familias. 8. VII.2006. Ciudad de las artes y las ciencias, Valencia, España).

El sí ante Dios, que se han dicho los padres, es la base del sacramento que los une. Para que esta relación interna de la familia sea completa, es necesario que digan un sí de aceptación a los hijos a quienes han engendrado o adoptado. En este clima de aceptación y amor, al alcanzar su madurez, los hijos deben dar un si por aquellos que les han dado la vida. Hoy la familia está marcada por la dispersión que se da sobre todo en el ámbito de lo urbano. En la actualidad va a encontrar obstáculos difíciles de superar. Por eso la comunidad eclesial tiene la responsabilidad de ofrecer, acompañar, estimular y brindar el alimento espiritual, que favorezca la unión familiar, sobre todo en los momentos críticos

Cristo nos dice que la fuente suprema de la vida para todos es el amor, al igual que para la familia: “Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15, 12-13). Es el amor que se ha derramado en nosotros el día del Bautismo, por eso las familias están llamadas a vivir ese amor con la misma calidad. Es el Señor quien hace posible que eso se haga realidad a través del amor humano, que se caracteriza por ser sensible, afectuoso y misericordioso como el de Cristo.

Además de la transmisión de la fe y del amor del Señor, la familia tiene la tarea de formar personas libres y responsables. Así lo afirma Benedicto XVI en el discurso al V encuentro mundial de las familias. 8. VII.2006. Ciudad de las artes y las ciencias, Valencia, España.

Por ello los padres han de ir devolviendo a sus hijos la libertad, de la cual durante algún tiempo son tutores. Si estos ven que sus padres –y en general los adultos que los rodean- viven la vida con alegría y entusiasmo, incluso a pesar de las dificultades, crecerá en ellos más fácilmente ese gozo profundo de vivir que les ayudará a superar con acierto los posibles obstáculos y contrariedades que conlleva la vida humana. Además, cuando la familia no se cierra así misma, los hijos van aprendiendo que toda persona es digna de ser amada, y que hay una fraternidad fundamental universal entre todos los seres humanos.

El catecismo de la Iglesia católica señala cómo la familia tiene la responsabilidad de ser transmisora de la fe, “como una madre que enseña a su hijos a hablar y con ello a comprender y comunicar, la Iglesia, nuestra Madre, nos enseña el lenguaje de la fe para introducirnos en la inteligencia y la vida de fe” (No 171). Al recibir la luz, el día del sacramento del bautismo, los padres son asociados a esta nueva vida como hijos de Dios, que se recibe en las aguas bautismales.

Transmitir la fe a los hijos, con la ayuda de otras instituciones, como son la parroquia, la escuela o las asociaciones católicas, es una responsabilidad que los padres no pueden olvidar o delegar totalmente. “La familia cristiana es llamada Iglesia doméstica, porque manifiesta y realiza la naturaleza comunitaria y familiar de la Iglesia en cuanto familia de Dios. Cada miembro, según su propio papel, ejerce el sacerdocio bautismal, contribuyendo a hacer de la familia una comunidad de gracia y de oración, escuela de virtudes humanas y cristianas y lugar del primer anuncio de la fe a los hijos”. (Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica, 350). Y “los padres, partícipes de la paternidad divina, son los primeros responsables de la educación de sus hijos y los primeros anunciadores de la fe. Tienen el deber de amar y de respetar a su hijos como personas y como hijos de Dios....En especial, tienen la misión de educarlos en la fe cristiana” (Cat. 460).

La fe se aprende en los hogares donde crece por medio de la oración y la práctica cristiana. El pueblo elegido repetía el Shema Israel, y es lo que Jesús repetía y escucharía en su hogar de Nazaret. Esto Él lo recordaría durante toda su vida pública, así lo menciona el Evangelio de Marcos (cfr, Mc 12,29). Ahí se ve la fe de la Iglesia que proviene del amor

de Dios, a través de las familias. “Vivir la integridad de esta fe, en su maravillosa novedad, es un gran regalo. Pero en los momentos en que parece que se oculta el rostro de Dios, creer es difícil y cuesta un gran esfuerzo” (Discurso del Papa Benedicto XVI, en el V encuentro mundial de las familias. 8. VII.2006. Ciudad de las artes y las ciencias, Valencia, España).

Hay que seguir anunciando el Evangelio en la familia, reafirmando su vigencia e identidad, basada en el matrimonio que es abierto al don generoso de la vida, donde se acompaña a los hijos en el crecimiento corporal y espiritual.

En el Documento de Medellín en la tercera parte mencionan las tres funciones de la familia en América Latina. Se invita a tener en cuenta la doctrina social de la Iglesia para fijar una acción pastoral que lleve a la familia a adquirir y conservar los valores fundamentales para el cumplimiento de su misión. Además de la familia como transmisora de la fe se menciona a la familia como formadora de personas, la familia como promotora del desarrollo.

Formadora de Personas

"Esta misión de ser célula primera y vital de la sociedad, la familia la ha recibido directamente de Dios" (Conc. Vat. II, Decr. *Apostolicam actuositatem*, No. 11).

"Es, pues, deber de los padres, crear un ambiente de familia animado por el amor, por la piedad hacia Dios y hacia los hombres, que favorezcan la educación íntegra, personal y social de los hijos" (Conc. Vat. II, Decl. *Gravissimum educationis*, No. 3).

"Permanece en cada hombre la obligación de conservar lo esencial a toda persona humana, en la que sobresalen los valores de la inteligencia, de la voluntad, de la conciencia y de la fraternidad... la familia es en primer lugar, como la madre y nodriza de esta educación" (Conc. Vat. II, Const. Past, *Gaudium et spes*, No, 61).

Esta doctrina del Concilio Vaticano II nos hace ver la urgencia de que la familia cumpla su cometido de formar personalidades integrales, para lo cual cuenta con muchos elementos.

En efecto, la presencia e influencia de los modelos distintos y complementarios del padre y de la madre (masculino y femenino), el vínculo del afecto mutuo, el clima de confianza, intimidad, respeto y libertad, el cuadro de vida social con una jerarquía natural pero matizada por aquel clima, todo converge para que la familia se vuelva capaz de plasmar personalidades fuertes y equilibradas para la sociedad.

Educadora en la fe

"Los esposos cristianos son para sí mismos, para sus hijos y demás familiares, cooperadores de la gracia y testigos de la fe. Son para sus hijos los primeros predicadores de la fe y los primeros educadores" (Conc. Vat. II, Decr. *Apostolicam actuositatem*, No. 11), y deben "inculcar la doctrina cristiana y las virtudes evangélicas a los hijos amorosamente recibidos de Dios" y realizar esta misión "mediante la palabra y el ejemplo", de tal manera que "gracias a los padres que precederán con el ejemplo y la oración

en familia, los hijos y aun los demás que viven en el círculo familiar encontrarán más fácilmente el camino del sentido humano, de la salvación y de la santidad" (Conc. Vat. II, Const. Past, *Gaudium et spes*, No, 48).

Sabemos que muchas familias en América Latina han sido incapaces de ser educadoras en la fe, o por no estar bien constituidas o por estar desintegradas; otras porque han dado esta educación en términos de mero tradicionalismo, a veces con aspectos míticos y supersticiosos. De ahí la necesidad de dotar a la familia actual de elementos que le restituyan su capacidad evangelizadora, de acuerdo con la doctrina de la Iglesia.

Promotora del desarrollo

La familia es la primera escuela de las virtudes sociales que necesitan todas las demás sociedades... Encuentran en la familia los hijos la primera experiencia de una sana sociedad humana... y se introducen poco a poco en la sociedad civil y en la Iglesia" (Conc. Vat. II, Decl. *Gravissimum educationis*, No. 3).

Además "la familia es escuela del más rico humanismo" y "el humanismo completo es el desarrollo integral". "La familia, en la que coinciden diversas generaciones y se ayudan mutuamente para adquirir una sabiduría más completa, y para saber armonizar los derechos de las personas con las demás exigencias de la vida social, constituye el fundamento de la sociedad" (Conc. Vat. II, Const. Past, *Gaudium et spes*, No, 52). "En ella los hijos, en un clima de amor, aprenden juntos con mayor facilidad la recta jerarquía de

las cosas, al mismo tiempo que se imprimen de modo como natural en el alma de los adolescentes formas probadas de cultura a medida que van creciendo" (Conc. Vat. II, Const. Past, *Gaudium et spes*, No, 61). "A los padres corresponde el preparar en el seno de la familia a sus hijos... para conocer el amor de Dios hacia todos los hombres, el enseñarles gradualmente, sobre todo con el ejemplo, a preocuparse de las necesidades del prójimo, tanto materiales como espirituales" (Conc. Vat. II, Decr. *Apostolicam actuositatem*, No. 30); así la familia cumplirá su misión si "promueve la justicia y demás obras buenas al servicio de todos los hermanos que padecen necesidad" (Conc. Vat. II, Decr. *Apostolicam actuositatem*, No. 11). De aquí que "el bienestar de la persona y de la sociedad humana esté ligado estrechamente a una favorable situación de la comunidad conyugal y familiar, pues es ésta un factor importantísimo en el desarrollo.

"Por ello, todos los que influyen en las comunidades y grupos sociales deben contribuir eficazmente al progreso del matrimonio y de la familia" (Conc. Vat. II, Const. Past, *Gaudium et spes*, No, 52). (D. M. 5-7)

Hoy la familia sufre la ruptura en la transmisión de la cultura de una generación a otra con la misma rapidez que se hacía en el pasado. En este sentido también se ve afectada la transmisión en el aspecto religioso, ya la familia no es el medio más importante en la transmisión de la fe. Ya los medios de comunicación han invadido todos los espacios y todas las conversaciones, introduciéndose en la intimidad del hogar, ahora se están atentos

a la información de último minuto, el entretenimiento, las imágenes que trajeron o traen satisfacción de momento.

2. Papel protagónico de la familia en el proyecto de la iniciación cristiana

El tiempo comprendido entre los 7 y 12 años y el de la pre-adolescencia es el momento privilegiado de implicación de la familia en la educación religiosa de los hijos. Es esta la edad en la que normalmente tiene lugar el tradicional proceso de la iniciación de los niños, a través de la catequesis y la celebración de los Sacramentos: Confesión, Primera Comunión y para muchos la Confirmación.

En la actualidad se puede decir que el proceso de iniciación sufre una grave crisis. Para muchos jóvenes y niños más que iniciación es un proceso de conclusión: “lo que por definición debería ser un acontecimiento que inicia (iniciación) el camino de la vida cristiana, se convierte para muchos –paradójicamente- en momento de conclusión, que pone fin a una serie de tradiciones religiosas ligadas a la infancia y condicionadas por tradiciones socio- culturales presentes en la sociedad” (Alberich, 2010, p. 53). Para algunos su primera comunión, es la última comunión, y la Confirmación es el último sacramento. Se constata que se “está ante una evidente crisis y podemos hablar de relativo fracaso –al menos en muchos casos- del proceso tradicional de iniciación cristiana” (Alberich, 2010, p. 53). La pregunta que surge es, si esto tiene solución, si se podrían construir sobre nuevas bases el proceso de Iniciación Cristiana. Lo que hay que indicar es que se debe cambiar nuestra mentalidad y adoptar un nuevo paradigma de iniciación cristiana. Hay que darle

importancia al ambiente que se da al respecto en la familia, ella juega un papel importante en este proceso de Iniciación.

Como lo menciona el Directorio General para la Catequesis

La familia como <<lugar>> de catequesis tiene un carácter único: transmite el Evangelio enraizándolo en el contexto de profundos valores humanos. Sobre esta base humana es más honda la iniciación en la vida cristiana: el despertar al sentido de Dios, los primeros pasos en la oración, la educación de la conciencia moral y la formación en el sentido cristiano del amor humano, concebido como reflejo del amor de Dios Creador y Padre. Se trata, en suma, de una educación cristiana más testimonial que de la instrucción, más ocasional que sistemática, más permanente y cotidiana que estructurada en periodos (DGC 255).

El Documento de Aparecida dice que la familia es “patrimonio de la humanidad” y que es uno de los tesoros más valiosos de los pueblos latinoamericanos. Que es el espacio y la escuela de comunión, es fuente de valores humanos y cívicos y es el hogar donde la vida humana nace y se acoge generosa y responsablemente. Cfr. DA 302. Continúa afirmando:

Para que la familia “sea escuela de fe” y pueda ayudar a los padres a ser los primeros catequistas de sus hijos, la pastoral familiar debe ofrecer espacios formativos, materiales catequéticos, momentos celebrativos, que le permitan cumplir su misión educativa. La familia está llamada a introducir a los hijos

en el camino de la Iniciación Cristiana. La familia, pequeña Iglesia, debe ser, junto con la Parroquia, el primer lugar para la Iniciación Cristiana de los niños. Ella ofrece a los hijos un sentido cristiano de existencia y los acompaña en la elaboración de su proyecto de vida, como discípulos misioneros” (DA 302).

La experiencia muestra que la demanda de sacramentos para los hijos abre muchas posibilidades para que los padres se vean implicados en la misma. Por lo tanto hay que hacer un trabajo pastoral con ellos. No se puede salir de este callejón sino se compromete a los padres de familia: “Sin implicación de los padres no hay verdadera iniciación” (Alberich, 2010, p. 54). Como lo menciona Emilio Alberich al citar la conferencia Episcopal italiana en el libro *la familia ¿lugar de la educación en la fe?*:

Es insustituible la participación activa de los padres en la preparación de los hijos a los sacramentos de la Iniciación Cristiana. Y, de esta manera, no solo los hijos son introducidos adecuadamente en la vida eclesial, sino que toda la familia participa y crece: los mismos padres anunciando escuchan, enseñando aprenden.

Prosigue el autor:

En el periodo de la infancia esto es posible solamente con el apoyo, la participación, el ejemplo de los padres y de la familia. Porque es evidente que el proceso de la iniciación cristiana es un itinerario complejo que involucra a

las personas en sus dimensiones esenciales y profundas (cambio de identidad) y sus opciones fundamentales de vida (conversión), pero implica también la acción misteriosa del Espíritu, que anima las situaciones humanas y por medio de los ritos nos recuerda nuestro origen y nuestra vocación en Cristo. Y es, al mismo tiempo, para los muchachos, una acción educativa que requiere los elementos propios de toda educación: relaciones afectivas, aprendizaje de nociones y comportamientos, experiencias vividas junto con los adultos, progresiva autonomía en las acciones morales, etc. [...] La iniciación cristiana de los niños no es una cuestión que interese solo a los niños y a sus catequistas: es una cuestión que afecta a sus familias y, además, a toda la comunidad de adultos cristianos.

Una realidad es que los padres al momento de celebrar los sacramentos se interrogan sobre su vida de fe y replanteen su vida y vuelta a la Iglesia. Bien sea en la preparación al Matrimonio, la Confirmación para adultos; pero sobretodo en la Primera Comunión y Bautismo de los hijos. Pero, ¿se consigue la implicación de la familia en la iniciación cristiana de los hijos? Lo más importante en este proceso, más que el acompañamiento de guiar a los hijos por el camino de la fe, es llevarlos a clarificar y revisar su propia fe, su identidad cristiana como padres cristianos. Lo que comienza como un mero acompañamiento, termina siendo una auténtica conversión y camino de fe de los padres, de la familia. Y esto repercute en la vivencia cristiana de los hijos.

Lo más importante es poner la fe en el centro de atención. Conseguir transformar la demanda del sacramento en demanda de fe. Es difícil dar este paso. El “sacramento solo es

sacramento en el horizonte de la fe. La fe que significa encuentro vital ya cogida de Dios en la vida, expresa su encuentro con Dios, a través de objetos, gestos, palabras, personas, etc. Las expresiones son los sacramentos. Estos suponen la fe, expresan la fe y alimentan la fe. Puesto que la fe implica una conversión, el sacramento solo es eficaz y se realiza plenamente en el mundo cuando expresa la conversión y lleva permanentemente a la conversión. Sacramento sin conversión es condenación. Sacramento con conversión es salvación” (Boff, 1991, p. 109). Porque en la mayoría de los casos, los padres convocados con ocasión de los sacramentos se preocupan más por los detalles materiales de la celebración: el vestido, las fotos, los regalos, los invitados. “Ya es un buen paso adelante conseguir despertar el interés por el proceso educativo, humano y cristiano de los hijos. Pero el viraje decisivo se produce cuando la atención se traslada de los hijos a los padres, cuando se comprende que el problema central, incluso pensando en los hijos, consiste en la profundización de la fe por parte de los adultos” (Alberich, 2010, p. 56).

Este camino no está exento de dificultades, bien se sabe, que cuando se pide un sacramento se está lleno de dudas, motivado más por la presión social, la tradición religiosa popular que por convicciones de fe. En este caso se puede decir que hay “un momento diabólico que aparta y separa de Dios y de Jesucristo. Sacramentalismo, consumismo sacramental y magia son degradaciones del sacramento” (Boff, 1991, p.108). Pero esto no exime de poder constituir un verdadero encuentro pastoral abierto a fecundas posibilidades de profundización religiosa. Donde el momento simbólico del sacramento una y evoque a Dios y a Jesucristo.

3. Recuperación de la catequesis familiar

Algunas veces la implicación de los padres en la iniciación cristiana se percibe de diferentes maneras. Una puede ser la sola participación y presencia de las madres de familia, y algunas veces, como ya se mencionó anteriormente priman más los intereses externos: el vestido, la fiesta, las fotos. Muchos pastores se conforman con lograr que los padres no estropeen lo que se ha logrado construir con los niños en la catequesis. En todos los casos los resultados son más bien pobres y decepcionantes. Todo es una ocasión emotiva de celebración y de fiesta, pero sin profundidad y sin futuro. Cuando los padres comprenden que no se trata solamente de ayudar a los hijos en su educación religiosa sino que son ellos los que necesitan esclarecer su situación y emprender un camino de maduración en la fe; se afianza la convicción de, que en el proceso no interesa involucrar a los adultos solamente para colaborar con la pastoral de los niños, sino “que se debe llegar a una experiencia de auténtica catequesis de adultos” (Alberich, 2010, p. 56).

Es importante retomar la Catequesis Familiar. Este es un papel insustituible, ayudando a crecer a sus hijos por medio de su testimonio de vida cristiana, que se prolonga a lo largo de su vida cristiana y en la celebración de los diferentes acontecimientos de la misma. A saber: la recepción de los sacramentos, las fiestas litúrgicas, el nacimiento de un hijo. Es importante explicitar en familia el contenido cristiano y religioso de estos hechos. Pero es importante subrayar que “los padres cristianos han de esforzarse en seguir y reanudar en el ámbito familiar la formación más metódica recibida en otro tiempo” (CT 68). Una formación recibida en un clima de amor y respeto, deja una buena impresión, la cual más adelante se va replicar en los demás. Esto es un camino de doble vía, donde tanto

los padres como los hijos dan y reciben. Esta catequesis es la más importante, porque “La catequesis familiar precede, pues, acompaña y enriquece toda otra forma de catequesis” (CT 68). Este servicio que los padres de familia prestan en los diferentes ambientes es importante e inestimable en la misión de la Iglesia.

Por eso la comunidad cristiana debe prestar mayor atención a los padres, “mediante contactos, personales, encuentros, cursos e, incluso, mediante una catequesis de adultos dirigida a los padres, ha de ayudarles a asumir la tarea, hoy especialmente delicada, de educar en la fe a sus hijos” (DGC 227). Sobre todo en los lugares donde la legislación civil hace más difícil o no permite una educación libre en la fe. Cfr. CT 68. En estos sitios los únicos que pueden dar una auténtica catequesis a los niños y jóvenes, son los padres de familia.

Existen experiencias que han arrojado resultados positivos al respecto, como son la experiencia de Chile que inició a finales de los años sesenta en el fervor del pos concilio y con el impulso de la Conferencia de Medellín. Eran las madres quienes preparaban a los hijos para la primera comunión, más adelante se vio la necesidad de vincular también a los padres de familia, a los jóvenes de la comunidad y a los mismos sacerdotes, religiosos y religiosas de la parroquia.

En los años setenta esta catequesis tiene un giro. Los obispos chilenos deciden que la preparación a la Primera Comunión sea de dos años, y que los primeros animadores y catequistas, en este proceso sean los Padres y Madres de Familia. En 1971 se establece la

Catequesis Familiar, nacida con la ayuda de la catequesis infantil. Ya se mira a los adultos como sujetos principales del proceso de evangelización y catequesis.

En qué consiste la Catequesis Familiar: “Consiste sustancialmente en un proceso de evangelización ofrecido por la comunidad cristiana a las familias para que puedan recorrer un camino de crecimiento en la fe con ocasión de la preparación de sus hijos a la Primera Comunión” (Alberich, 2010, p. 58). Se asocian varios matrimonios y siguen un camino formativo, que dura dos años, que les hace tomar conciencia de su identidad cristiana y ser capaces de evangelizar y catequizar a sus hijos. Estos grupos están orientados por un guía, por lo general matrimonios, integrados por jóvenes catequistas o monitores, que se llaman animadores de celebraciones para niños. Los reúnen semanalmente para celebrar y profundizar lo que han aprendido con sus padres. El objetivo final “además, de la vivencia renovada de la Eucaristía, es la formación de comunidades eclesiales de base y grupos juveniles que revitalicen la parroquia” (Alberich, 2010, p. 58). Se evangeliza y a la vez se cristianiza la familia.

Lo que pretende la catequesis familiar, es la evangelización y cristianización de la familia. Con los adultos involucrados en el proceso de la catequesis familiar se propone lo siguiente:

- Evangelizar a los padres de familia con motivo de la preparación de los hijos a la primera comunión, descubriendo a la familia como lugar de comunión y de educación humana y cristiana.

- Ayudar a los padres a considerar con ojos nuevos la centralidad de la fe (la conversión) y recuperar el gusto y la alegría de ser cristiano (redescubrimiento de la identidad cristiana).
- Orientar a las familias hacia nuevas formas de integración activa en la realidad eclesial, especialmente en la parroquia, a través de la creación de nuevas formas de comunidad (Comunidades Eclesiales de Base).
- Motivar un nuevo modelo cristiano, orientado hacia el testimonio y presencia en la sociedad.

Se cuenta con un capital humano valioso, como:

- Los guías de los grupos adultos. Por lo general son matrimonios comprometidos en la animación de los grupos de padres. Esta formación es mediante cursos teórico – prácticos en instituciones apropiadas.
- Los padres que en las reuniones de grupo con la ayuda de los guías se van formando como testigos y catequistas de sus hijos dentro de la vida familiar.
- Los animadores de celebraciones para niños, generalmente son jóvenes entre los 18 y 25 años, que son los encargados de reunir semanalmente a los niños en la celebración, en el juego y en la expresión comunitaria.

- Los animadores de la catequesis familiar están bajo la dirección de los Obispos y los Párrocos. Son los Párrocos quienes coordinan a los guías que animan las celebraciones para niños y hacen seguimiento a la catequesis familiar local.

Los grupos están conformados por diez o doce personas. El grupo reducido hace posible el diálogo, la reflexión y el aprendizaje; en un clima de confianza recíproca y de corresponsabilidad. La experiencia de grupo es muy enriquecedora, aunque sea por el intercambio de ideas y experiencias entre adultos comprometidos en la tarea educativa y en el redescubrimiento de la fe.

Con los guías se revisa el trabajo con los hijos, presentación del tema del encuentro, discusión en torno a un hecho de la vida, reflexión a la luz de la Palabra de Dios, sugerencias para el trabajo con los niños, compromiso práctico, oración y revisión final. Se aconseja recurrir a metodologías activas, participativas, de manera que los adultos se sientan protagonistas y no participantes pasivos. En la semana los padres trabajan el tema con los hijos, no tanto para enseñarles cosas sino para vivir el testimonio y la experiencia familiar.

Los niños se reúnen una vez a la semana con los animadores para las celebraciones de niños; se sigue una metodología participativa y activa, de alabanza, expresión corporal, trabajo en equipo, oración y compromiso de vida.

Los logros conseguidos en Chile han sido notables, como lo mencionan los obispos de la Conferencia Episcopal Chilena, en el numeral 12 del documento de Medellín:

Consideramos un gran logro en nuestra Iglesia la preparación de los niños a los sacramentos de la Reconciliación y la Eucaristía mediante la Catequesis Familiar, que restaura familias según el Evangelio, multiplica las comunidades eclesiales de base, enriquece la vida parroquial, integra cada vez más varones a la Iglesia, origina grupos juveniles y pre juveniles, y exige al clero realizar interesantes acciones formativas” (Alberich, 2010, p. 65).

La catequesis familiar presenta un balance positivo. Estos son algunos logros:

- La mejoría y recomposición de las relaciones familiares.
- La promoción humana y social de muchas familias.
- La evangelización del ambiente familiar.
- Se evidencian grandes progresos en la educación religiosa e iniciación cristiana de los niños.
- La promoción e inserción de los adultos en la comunidad cristiana.
- El resurgir de nuevas comunidades cristianas.
- La renovación eclesial en los niveles parroquial y diocesano.

A pesar de los logros mencionados existen algunas dificultades y problemas en el desarrollo del modelo de catequesis familiar:

- La situación difícil e irregular de muchas familias, que introduce elementos problemáticos en el desarrollo de la catequesis familiar.
- La poca participación, sobretodo de los padres, y con frecuencia, su absentismo, los cuales recurren a delegar esta función a los sacerdotes o catequistas la tarea de la educación religiosa.
- La falta de preparación y motivación. Lo que desean los padres no siempre coincide con los objetivos de la Catequesis Familiar. La mayoría de veces “no están preparados por lo que se refiere a los contenidos de la vida de fe y a los métodos aptos para la comunicación religiosa. Con frecuencia demuestran poseer una fe más bien infantil, padecer una evidente crisis de identidad cristiana y sentirse incapaces de responder a la misión que se les confía. La más de las veces tienen necesidad de un verdadero primer anuncio y de una revisión actualizada de sus ideas y representaciones religiosas” (Alberich, 2010, 67).

El contexto familiar es un contexto apropiado para el primer anuncio, es decir, para un encuentro con la propuesta cristiana que provoque el interés y la respuesta de fe. Este primer anuncio puede asumir formas y manifestaciones variadas, pero de lo que se trata es de presentar el mensaje cristiano y la persona de Jesucristo de tal manera que sea percibido como una novedad gozosa y como algo que da sentido a la vida y ayuda a vivir y esperar.

Con lo dicho anteriormente, se ve la necesidad de volver a la catequesis permanente, tanto de niños, jóvenes, familiar, adultos bautizados y no bautizados. Pero estas catequesis no pueden estar aisladas, deben estar relacionadas dentro del plan de catequesis. “es importante que la catequesis de niños y jóvenes, la catequesis permanente y la catequesis de adultos no sean compartimientos estancos e incommunicados... Es menester propiciar su perfecta complementariedad” (CT 45c).

CAPÍTULO V

PROPUESTA METODOLÓGICA

Para esta propuesta se toma como base las cartillas de Catequesis Familiar de la Diócesis de Lima con los siguientes temas a desarrollar:

1. La Formación de una Pareja Guía

Estas son parejas o matrimonios que toman a su cargo un grupo de padres de familia con el fin de ayudarlos a vivir en comunidad, su experiencia de conversión a Cristo y transmitir esta fe a sus hijos. La Pareja Guía debe ser formada como guía de un grupo. Para aprender los contenidos de la Catequesis Familiar.

Los objetivos de este curso pretenden, afianzar su personalidad. Profundizar su fe con temas doctrinales sobre la Biblia, Cristo, la oración, la Iglesia, los sacramentos, confrontándolos con la vida actual y cada uno madura su fe y fortalece su compromiso de cristiano, personal, en su familia y en su comunidad.

Hay que tener una formación permanente, mediante reuniones semanales de Guías con su Asesor (es quien forma y coordina a las Parejas Guías). El Asesor aporta el fundamento doctrinal necesario para captar con mayor amplitud el tema a tratar. Esto se debe

complementar con charlas, participación en cursos bíblicos, retiro espiritual, jornada de Padres.

2. Desarrollo de la reunión con los Padres

El objetivo es la evangelización del núcleo familiar, con ocasión a la preparación de sus hijos a la celebración de los sacramentos de Iniciación Cristiana. En un primer momento el Guía invita a los integrantes a dar a Jesucristo una adhesión incondicional aceptándolo como único Señor y Salvador. La mayoría de veces los padres llegan con motivaciones que no están de acuerdo con el objetivo. El Guía debe estar atento a detectar estas motivaciones e ir centrando la preocupación de todos en el conocimiento y aceptación del Señor.

Hay que definir un lugar apropiado para las reuniones, conviene que sea en la casa de alguna pareja. La hora, se debe buscar la conveniencia de todos para que puedan asistir a las reuniones. La duración y frecuencia de las reuniones, entre una y dos horas hay que ser puntuales. Es importante llevar el registro de la asistencia. El cronograma de las reuniones es el siguiente:

- Cada quince días los Animadores con las parejas Guías y los hijos en la Parroquia o Colegio.
- Semanalmente las parejas Guías con su grupo de parejas.

La Pareja Guía acoge a las parejas que van llegando, preguntándoles si han leído el tema anterior con sus textos bíblicos, y conversa sobre el diálogo que han tenido con sus hijos con respecto al tema anterior. En cada reunión hay tres partes:

- Se inicia compartiendo un hecho de la vida para luego iluminarlo con la Palabra y descubrir la voluntad de Dios sobre esta realidad, lo que nos lleva a un cambio de vida. Si nadie habla los Guías deben iniciar narrando un hecho de la vida cotidiana para romper el hielo.
- Luego se profundiza la reflexión con un texto bíblico analizando las preguntas propuestas y fomentando la participación de todos.
- Hay que hacer un compromiso que lleve a la pareja a reflexionar sobre lo que el Señor nos pide cambiar a la luz del tema. Leer los textos adicionales y la hoja de reflexión. Conversar con los hijos sobre el tema tratado.

3. Evaluación de la reunión

Cuando haya concluido la reunión cada Pareja Guía debe ponerse a reflexionar sobre cómo se desarrolló la reunión. Es necesario cada vez hacer una revisión ordenada. De esta manera se podrán corregir a tiempo las cosas a mejorar. Hay que tener presente los siguientes aspectos:

- 1. Vida del grupo:** Preocuparse por aquellos que no asistieron, de los que se veían tristes, callados o molestos. Ver que se puede hacer con ellos ¿Cómo estuvo la participación del grupo?, ¿Todos pudieron participar libremente?
- 2. El compartir de Vida:** Examinar si hay suficiente confianza para que las parejas puedan compartir sus problemas y vivencias. Sino la reunión sería impersonal, faltaría la sinceridad. Se debe también poder compartir nuestras experiencias de fe, la acción de Dios en nuestras Vidas, de sus llamados.
- 3. El mensaje:** Cada día tiene un mensaje propio resumido en el para qué nos reunimos y el para recordar. La Pareja Guía evaluará si logró transmitir la mayor parte de esta enseñanza a través del hecho de vida y la Palabra. Si falta este aspecto la reunión no fue catequesis. ¿De veras la Palabra del Señor iluminó la vida de los presentes?
- 4. Ambiente de oración:** Algunos creen que basta con rezar o cantar algo al principio o al final, para que la reunión tenga ambiente de oración. Se trata de tomar una postura respetuosa frente a la opinión de cada uno, en clima de disponibilidad profunda a Dios que habla no sólo por su Palabra sino por la palabra de cada uno de los integrantes del grupo. Si hay mucha discusión dentro del grupo faltó el ambiente de oración.
- 5. Compromiso concreto:** Si esto falta, aunque se cumplan las cuatro condiciones anteriores, es posible que el grupo se esté convirtiendo en un grupo de beatos. La

Palabra de Dios es para transformar a la persona y sus situaciones. Si no ocurre lo uno ni u otro no se está avanzando. Este compromiso no se expresa públicamente pero aflora en la oración de cada uno.

4. Diálogo Padres e Hijos

Se ha insistido que dentro del método de la catequesis familiar son los padres los catequistas de los hijos. La misión de los padres es criar y educar a sus hijos. Es un deber y un derecho de los cuales nadie los puede privar. La tarea de educar integralmente a los niños, exige de los padres cristianos educarlos también en la fe.

Lamentablemente algunos no lo ven así porque piensan que enseñar religión es igual que enseñar cualquier asignatura y que esto compete a los profesores o a los catequistas de la Parroquia. Pero para los que los han comprendido que la fe en Jesucristo crea un estilo de ser y de pensar, que envuelve toda la vida, está claro que a los padres en primer lugar, les compete esta misión.

Los padres cuentan con varios medios para hacer este trabajo:

- La reunión semanal con los padres es el gran momento para conocer y profundizar paso a paso las verdades de la fe. Es importante que los padres se acostumbren a entrar bien a fondo en cada tema para descubrir el mensaje central a fin de entregarlo al niño.

Cada reunión debe concluir con una conversación entre los padres sobre todo cómo transmitir el mensaje a los hijos. De ella saldrán sugerencias y consejos útiles.

- La carpeta del niño resume los contenidos en un lenguaje sencillo y con una variedad de actividades que lo ayudan a asimilar y vivir las verdades de la fe.

Nunca se insistirá lo suficientemente a los padres que no se trata de convertirse en profesores de sus hijos. Les corresponde ayudarlos a familiarizarse con la persona de Jesucristo, de quien han de hacerse amigos. El paso siguiente es hacerles ver que su amistad con Jesús les exige comprometerse con estilo peculiar de vida. Si los niños lo adoptan, en varios aspectos tendrán una manera distinta de la de otros niños para quienes el compromiso de fe no existe.

¿Cómo trabajar con los niños?, dialogando. No es bueno dar recetas o normas porque en esto tiene que haber bastante elasticidad. En último término es importante que los padres cumplan esta misión por amor:

- Al Señor que los ha llamado a conocer y participar en los planes de salvación.
- A los hijos que el Señor les ha dado, en préstamo sólo por un tiempo. (Todo ser humano sólo pertenece a Dios).

Los padres deben conversar del Señor con mucha naturalidad. Pero, es importante que esta conversación sea apoyada en el testimonio. Nada obtendrán los padres con hablar

cosas bonitas de Dios a los niños, sin el fondo, no creen en ellas ni estas afectan su vida diaria. Los niños se dan cuenta cuando algo suena auténtico y cuando no.

Es importante que los padres se ingenien buscando semana a semana, maneras distintas de catequizar a sus hijos. Una reunión semanal con ellos, siempre a la misma hora, y que se limite a una exposición mecánica de algunas verdades religiosas, se volverá una rutina que posiblemente anule todo futuro.

Un día podrán reflexionar con el cuaderno en mano, reflexionando en las actividades propuestas allí. En otras ocasiones la conversación se centrará en un texto bíblico que leerán y comentaran juntos. También se puede partir de preguntas que el niño haga a sus padres y que aparecen en algunos temas. Lo importante es que, tanto padres como hijos, colaboren e estimularse los unos a los otros.

Las celebraciones quincenales, que reúnen a los niños con sus Animadores, también servirán para despertar inquietudes y fomentar comentarios que facilitarán el diálogo posterior.

5. Celebraciones con los Padres

Estos son momentos de oración, de alabanza y de compromiso que marcan el caminar de un grupo que va madurando en su fe. El centro de la Celebración es la Palabra de Dios y generalmente va acompañada de un signo concreto (la Biblia y la luz). Participan los Padres de Familia con la Pareja que los Guía, algunas veces participan con sus hijos.

Varias celebraciones se realizan a nivel de grupito en el mismo lugar de reunión semanal; pero a veces conviene reunir varios grupos de padres. Es la oportunidad para que conozcan un poco más y vivan una experiencia más amplia de Iglesia.

Hay que preparar bien la celebración:

- No dejar nada a la improvisación
- Fijar un lugar que sea digno, adecuado, aseado, tranquilo, apto para crear un clima de oración.
- Designar al presidente de la Asamblea; debe ser una persona que tenga la capacidad de hacer orar al grupo y que pueda ayudar al compartir sobre el texto bíblico. Normalmente no es ni sacerdote ni religiosa.
- Escoger los lectores para proclamar los textos bíblicos; que sean nombrados con anticipación para que preparen bien las lecturas.
- En la reunión de Guías hay que estudiar hay que estudiar atentamente el desarrollo de la celebración para prever con tiempo todos los detalles.
- Asegurarse que los cantos indicados sean conocidos o bien elegir otros. Ensayarlos con el grupo ante que comience la celebración.

- Estudiar la conveniencia de un compartir para ayudar a crear un clima de amistad.
- Manteniendo el esquema general, se podrá introducir algunos cambios menores, especialmente para adoptar la Celebración a cada lugar: signos, gestos...

6. Reunión de Parejas Guías con el Asesor

La actividad principal de un Guía es la de presidir la reunión semanal con su grupo de Padres de Familia. Nada debe quedar sujeto a la improvisación. Cada reunión debe ser cuidadosamente preparada.

Observaciones previas:

- Es conveniente que los guías preparen juntos su reunión y no cada uno por su cuenta. Esta preparación colectiva ayuda a mantener cohesionado al equipo de Guías y asentirse todos corresponsables de una labor común.
- Es necesario que todos trabajen al mismo ritmo, es decir que todos desarrollen el mismo tema en la misma semana.
- Fijen de común acuerdo, el día, la hora y el lugar que convenga a todos, para que no falte ninguno.

- A esta reunión deben llevar el libro de los Padres, del Guía y la Biblia, no es necesario llevar otros libros de apoyo, ya que un exceso de textos pueden crear confusión. Después cada Guía puede leer en su casa con calma, lo que considere oportuno.
- Esta reunión debe estar orientada por un Asesor o Coordinador.

Desarrollo de la reunión:

- Hacer una breve oración, para crear un clima adecuado, a fin de encontrar juntos lo que el Señor espera del grupo.
- Se lee el objetivo general del tema para compenetrarse bien de lo que se pretende con la reunión que están preparando. El ideal es que, luego de comentar todos, el objetivo cada cual pueda explicar con palabras propias lo que se quiere conseguir con la reunión. No basta repetir de memoria lo que está escrito.

A lo largo de toda esta reunión preparatoria y después en la reunión de Padres, deben tener presente el objetivo para que no desvíe los intereses hacia otros intereses. El temario constituye un recorrido ordenado y sistemático y cada tema es un paso hacia la meta propuesta. Una reunión puede resultar muy entretenida, pero si no cumple con el objetivo concreto, difícilmente se relacionará con las demás reuniones.

- Luego se leen los hechos de vida propuestos para este tema y entre todos escogen el que mejor se adapte a la realidad en función del tema. Eventualmente se puede utilizar otro hecho de vida de la realidad que se adapte al objetivo. Se analiza brevemente las preguntas propuestas.
- Se pasa a lectura del texto bíblico con sus preguntas ayudándonos con ciertas partes de la reflexión. El asesor dará más fundamento doctrinal en esta parte, ayudándose eventualmente de los textos adicionales u otros. Hay que asegurar la comprensión del texto en todos sus detalles. Su relación con el objetivo y el hecho de vida, de lo contrario todo se reducirá a una conversación vaga o a una serie de ideas sueltas.
- Finalmente conviene que los guías, lean y comenten el apartado “para conversar con el niño”, a fin de que llegue cada cual a su reunión con alguna sugerencia ya pensada y que ayuden a sus padres en su trabajo posterior con los hijos.
- Se sugiere algún canto, cuya letra tenga que ver con el tema. Serviría para animar la reunión. Conviene ensayarlo antes.

7. Relación entre Guías y Animadores

El vínculo permanente entre guías y animadores, es un elemento fundamental en este trabajo.

1. El equipo de Guías con el equipo de animadores

Este contacto debe fomentarse cada vez que sea necesario, por lo menos una vez al mes, para cumplir lo siguiente:

- Coordinar acciones, preparar una jornada, un paseo, etc.
- Comunicar los acuerdos de los animadores a los padres.
- Toda inasistencia prolongada de los padres de familia debe informarse en la reunión de Guías con la finalidad de encontrar pistas de solución. Llegada a una decisión se le informará a los animadores.
- Los Guías así como los padres de familia deberán asistir constantemente a las celebraciones de los niños, asumiendo el rol de presidente, de esta manera podrán observar el desempeño de los Animadores para luego hacer críticas constructivas y sugerencias.

2. El Guía con su animador.

Deben tener contacto permanente, visitándose a domicilio para:

- Fomentar la amistad y la confianza.
- Fomentar la colaboración mutua en el caso de faltar los padres a su reunión: si se avisa con tiempo al niño del peligro, el mismo traerá a sus padres a la reunión. La pareja guía puede insistir sobre la asistencia puntual de los niños a su Celebración.

- Todo cambio de Animador debe comunicarse enseguida a la Pareja Guía respectiva.
- La Pareja Guía y el Animador deberán exigirse responsabilidad y puntualidad para con sus respectivos grupos.

8. Espiritualidad de la Catequesis Familiar

El camino de la espiritualidad de la Catequesis Familiar es un proceso. Un camino de fe propuesto y llevado a cabo al ritmo del despertar y madurar de las personas sin imposiciones, con invitación constante. Tiene unos **contenidos** de fe que transmite un **método**, tiene un modo peculiar de transmitirlos, y pide más **actitudes fundamentales** en los que evangelizan. Los tres forman un todo. Se les puede distinguir más no separar. Están vinculados al contexto histórico y social que nos toca vivir.

El espíritu lo orienta todo: el trato que se da a las técnicas que se usan, los afiches, los cantos... Se actúa según lo asimilado en el espíritu. También la manera como se asumen las responsabilidades. No basta con entrenarse, hacer prácticas; hay que asimilar el espíritu; gracias a él se descubre cómo llevar las reuniones y las celebraciones. Si el espíritu la técnica está muerta. El espíritu ayuda a pasar los valores del Evangelio, los valores del Reino a toda la vida.

El punto de partida es el Reino de Dios entre nosotros como algo misteriosamente presente, reconocido primeramente como Don. El Reino está en el centro del Mensaje de Cristo. Anunciar ese Reino es descubrirlo en la historia (GS 39), entre nosotros.

Desde esa búsqueda del Reino de Dios y su justicia, como San Juan Pablo II se ve como tareas prioritarias en América Latina la evangelización de las familias. Por eso se parte de:

1. Opción pastoral clara por la evangelización de las familias

“Haced todos los esfuerzos para que haya una pastoral familiar. Atended a campo tan prioritario con la certeza de que la evangelización en el futuro depende en gran parte de la “Iglesia doméstica”. (DP 590)

Esto viene a constituir un plan pastoral que conlleva varias acciones que se entrelazan unas con otras. Supone invertir grandes energías pastorales. Repercute y engloba otros aspectos de la pastoral parroquial, por tanto supone la aceptación del Párroco. En esta acción evangelizadora se conjugan: celebrar y practicar, anunciar y denunciar, transformar y contemplar.

2. Opción por Jesucristo

Cristo es el centro de la Catequesis Familiar. En un primer momento se hace un recorrido de su vida y de su mensaje encaminado tanto a adultos como a niños a una conversión a Él. Historia de conversión que nunca termina. Cristo como hermano, como uno de nosotros, como Maestro que recorre con nosotros el camino, el verdadero Guía. En un segundo momento se presenta la Alianza con el Dios de Jesucristo, los sacaremos como verdaderos encuentros liberadores con Cristo.

3. Opción por una evangelización liberadora

Los Obispos de América Latina en el numeral 487 del documento de Puebla dicen: “Tenemos razones gravísimas para urgir la evangelización liberadora, no solo porque es necesario recordar el pecado individual y social sino porque la situación se ha agravado en la mayoría de nuestros países”.

Evangelización propuesta con toda la fuerza y vitalidad originales, por tanto, en relación con la justicia. Se necesita la vigorosa energía y acción de cristianos, que movidos por el Espíritu, acudan a responder al clamor de millones y millones de hermanos (D. P. 486). Liberación que se va realizando en la historia (D. P. 483). Historia juzgada a la luz de la Palabra. Textos marcados por el sentido profético.

4. Opción por el pobre y por la dignidad de la persona humana

Servidores y solidarios con el pobre. Cargando con ellos el dolor de la inmensa mayoría de las familias. Reconociendo en los otros el rostro de Cristo que sufre, viendo en cada uno de ellos la imagen de Dios. Animando desde el principio el proceso al respeto por cada uno. Resaltando constantemente su dignidad, en especial en los más débiles. Valorando la participación activa de todos y cada uno. Esta opción tiene que colorear toda la vida práctica de la familia, del trabajo, de las relaciones sociales. Etc. Es, de nuevo, la práctica profética en la realidad diaria tan opresora del pobre.

5. Opción por el Laico

Se diría que la Catequesis Familiar es primordialmente una pastoral de laicos que viviendo la realidad familiar en la propia carne, se hacen evangelizadores de otras familias. Laicos que van descubriendo de manera creciente y sorprendente su misión en la Iglesia “apremiados, sobretodo, en aquellas circunstancias en que sólo a través de ellos, pueden los hombres oír el Evangelio y conocer a Jesucristo” (D. P. 225)

Tomar a cada persona y a cada familia donde está en su recorrido de fe y como personas. Analfabetos o sabios, casados o no, bautizados o no bautizados y proponer paso a paso el mensaje.

6. Opción por la comunidad

- La fe liberadora vivida en comunidad.
- El sentido y la práctica comunitaria se forma desde el principio.
- Comunión y participación como el espíritu de Puebla.
- Apuntar a la comunidad Eclesial de Base.
- Vivir en grupo, celebrar juntos, luchar juntos.
- Sabernos convocados como pueblo.

Como culminación de los dos momentos: la celebración de la Eucaristía, comunión presente en nuestros fracasos, nuestras luchas, dificultades y nuestros logros. Alimentados

de Él, vamos a vivir en el pueblo como hermanos, en familia, en comunidad, como hijos de un mismo Padre. Vamos a vivir los valores del Reino.

9. Jornadas

A medida que avanza el tiempo se siente cierto cansancio y monotonía. Por eso es importante programar algunos encuentros generales de Padres e hijos con los Guías animadores de un mismo nivel en lugar tranquilo.

Los objetivos de esta jornada son:

- Profundizar los temas que se vienen tratando semanalmente.
- Fomentar el espíritu de comunidad mediante la convivencia.

Se recomienda realizar cada año un encuentro de Guías a nivel inter parroquial o Diocesano para:

- Fomentar la fraternidad o intercambiar experiencias.
- Profundizar un tema doctrinal.
- Estudiar la marcha de la Catequesis Familiar a nivel local.

Es importante coordinar esta actividad y toda la Catequesis familiar con el encargado de la Diócesis u otro.

10. Maduración humana y cristiana de las Parejas Guías

Se invita a los guías a reflexionar teniendo como base los puntos que se describen en el ideal del Guía. Es útil tener a la vista un ideal que nos incentive a mejorar siempre. Podría servir también para una jornada con los Guías. Pero queda claro que no se exigen todas estas condiciones para poder ser Guía.

- Se requiere la voluntad de conocer a Cristo y de construir un mundo de paz y de fraternidad. Este gran deseo les impulsará a adquirir las siguientes cualidades para cumplir mejor su servicio en forma coherente y respetuosa.
- **Un sincero seguimiento de Jesucristo.** Si los guías no han vivido una experiencia de conversión personal a Cristo, jamás podrán ser testigos de la fe. Las actitudes coherentes con la Fe que anuncian, mueven a otros a la conversión.
- **Espíritu de servicio.** Ser guías exige bastante dedicación al trabajo emprendido. Hay que preocuparse de las personas como tales, no solo de preparar las reuniones. Estar siempre alertas a prestarles un servicio, hacerles una visita, dedicarles un tiempo. Deben ser personas capaces de querer y hacerse querer.
- **Temperamentalmente estable.** Una persona excesivamente temperamental no puede trabajar como guía.

- **Amables, comprensivos y abiertos al diálogo.** La labor de los guías no es imponer un determinado modo de pensar o de vivir. Les toca sembrar invitando al grupo a conocer a Jesucristo, pero para que esa invitación sea sincera debe respetar la reacción de los demás. Han de escuchar opiniones contrarias sin alterarse buscando siempre puntos en que hay acuerdo, sin insistir excesivamente en los puntos que hay divergencia.
- **Responsable en su hogar.** La pareja guía como formadora de personas y educadora familiar, debe gozar de la suficiente autoridad moral para mover al grupo a mejorar el ambiente dentro de sus hogares. Como cónyuges deben dar testimonio de responsabilidad y armonía.
- **Espíritu de equipo.** Una pareja Guía debe las mismas opciones de la Iglesia y actuar en plena comunión con ella.
- **Espíritu de iniciativa.** La Pareja Guía no es esclava de un método. Ha de buscar, con imaginación e iniciativa, como realizar lo mejor posible cada reunión, acomodándose a la realidad de su grupo. Puede emplear otros medios o instrumentos como: fotos, diapositivas. Dando agilidad y novedad a los encuentros semanales.
- **Capacidad autocrítica.** La Pareja Guía debe tener la suficiente madurez emocional para autocriticar serenamente sus propias acciones con sencillez y humildad y los

posibles errores que pudiera cometer. Esta autocrítica será la ocasión para enmendar rumbos o dar gracias a Dios, según sea el caso.

- **Sensibilidad social.** Los Guías deben ser personas que vivan con los ojos bien abiertos a la realidad que viva el país. Deben conocer los problemas que afectan a la población y con sentido crítico y sano no temerán llamar las cosas por su nombre. Vibrarán intensamente ante las situaciones de injusticias, denunciándolas sin miedo ni resentimiento.

LINEA DE LA CATEQUESIS ANUAL

FEBRERO				MARZO				ABRIL			
1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4
PG	CF	RG	CF	PG	CF	RG	CF	PG	CF	RG	CF
MAYO				JUNIO				JULIO			
1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4
PG	CF	RG	CF	PG	CF	RG	CF	PG	CF	RG	CF
AGOSTO				SEPTIEMBRE				OCTUBRE			
1	2	3	4	1	2	3	4	1	2	3	4
PG	CF	RG	CF	PG	CF	RG	CF	PG	CF	RG	CF
				NOVIEMBRE							
				1	2	3	4				
				PG	CF	RG	CF				

PG: Reunión Parejas Guías con el Asesor

CF: Catequesis a los Hijos por parte de los Padres de Familia. Estas catequesis serán impartidas según el horario familiar.

RG: Reunión General de Padres de Familia, Hijos y Asesores en la Parroquia o en el Colegio.

CONCLUSION

Antes del Edicto de Milán promulgado por Constantino y Licinio en el año 313, mediante el cual el cristianismo pasó a ser la religión del Estado, los cristianos eran perseguidos teniendo su formación de manera clandestina. En esta situación aumentó el número de convertidos, pero lamentablemente, sin conocer objetivamente la Doctrina y sin que hubiera convencimiento. Todo ello hace que el cristiano convertido dentro del proceso de oficialización de la Religión carezca de compromiso y, por ende, de testimonio.

En la actualidad las cosas no son muy distintas, se percibe un gran número de cristianos de palabra pero no de compromiso. Su motivación central no es la persona de Jesucristo ni su proyecto. Se es creyente por tradición familiar, porque se nació en un hogar católico. No se da a conocer el proyecto del Reino que lleva al creyente a ser discípulo misionero lo cual implica un camino de conversión. No se puede anunciar algo que no se conoce y mucho menos si no se le ama.

Esta situación se presenta porque hay una profunda crisis en la Iniciación Cristiana de los niños y jóvenes. Este momento se ha descuidado, no se le da la importancia que éste conlleva. Los tiempos han cambiado, pero parece que no somos conscientes de esto. La familia como primera escuela de Evangelización o “Iglesia doméstica” como la llama el Concilio Vaticano II, no cumple esta función. A las Parroquias y a la escuela llegan niños y jóvenes sin bases religiosas, y se sigue enseñando como si ellos ya tuvieran dichos fundamentos religiosos.

A la Iniciación Cristiana se le ha fragmentado, no se le ve como un camino que lleva del conocimiento a la maduración en la fe a aquel que quiere iniciarse en este camino que se comienza con el sacramento del Bautismo, momento en el cual el bautizado no es consciente de lo que hace y sus Padres y Padrinos no asumen la responsabilidad de acompañarlo en este camino; además la catequesis pre-bautismal es muy pobre y reducida. Se vuelve a tener catequesis hasta cuando los niños tienen la edad para acercarse al sacramento de la Eucaristía o Primera Comunión, que para muchos es la primera y última comunión. Después viene el sacramento de la Confirmación en el cual el joven tiene más conciencia de lo que va a hacer, eso es lo que se cree. Hay que considerar el sacramento de la Confirmación como un momento sacramental del gran sacramento de la Iniciación Cristiana, en referencia al sacramento del Bautismo, la Eucaristía y los otros momentos que integran esta Iniciación. Lamentablemente, en algunas Diócesis, el sacramento de la Confirmación se administra desde los doce años de edad, uniéndolo la mayoría de veces con el sacramento de la Eucaristía. Esta es una práctica que se debe corregir.

Hoy se ha descuidado mucho la catequesis, estos encuentros no se deben reducir a momentos esporádicos, sino que se deben transformar en algo continuo en la vida del creyente, es decir, es importante volver a la catequesis permanente desde la escuela y la Parroquia. Hasta el momento en el tiempo de la preparación a la celebración de los sacramentos, solamente se involucra a los catequisandos, y en ningún momento o muy pocas veces se hace partícipes a los padres de familia. Esta es quizás una de las falencias grandes en este proceso de Iniciación Cristiana. Como lo menciona Emilio Alberich, nos encontramos frente a una generación de padres no evangelizados, por lo tanto se hace necesario retomar la catequesis familiar. A los primeros que se les debe impartir la

catequesis es a los padres de familia, para que ellos transmitan este mensaje a los hijos. Si no se involucra a los padres de familia en este proceso no hay Iniciación Cristiana.

De lo contrario se seguirán administrando sacramentos a personas que no tienen conocimiento del compromiso que adquieren. Solo serán momentos sociales y no de compromiso cristiano donde se testimonie en la práctica de la vida cotidiana lo celebrado en los sacramentos.

Otro punto a rescatar es la práctica del catecumenado, tanto para los no bautizados, para que los momentos de catequesis no se vean reducidos a unos pocos minutos y la recepción de los sacramentos no sea hecha de manera “expres”, como para los ya bautizados, como momento de acompañamiento en este caminar cristiano y despertar cristiano.

No delegar la catequesis a personas sin la preparación previa, que estén siempre con el deseo de actualizarse y que no separen estos momentos de la práctica de la vida, que estos momentos no se reduzcan a mero adoctrinamiento sino que sean momentos celebrativos en la vida diaria. En la catequesis se debe presentar el Proyecto de Jesús para que lo amen y lo multipliquen siendo discípulos misioneros, como lo pide el documento de Aparecida.

ANEXO

V Encuentro mundial de las familias (8. VII.2006, Ciudad de las Artes y las Ciencias, Valencia, España) Benedicto XVI

Amados hermanos y hermanas:

Siento un gran gozo al participar en este encuentro de oración, en el cual se quiere celebrar con gran alegría el don divino de la familia. Me siento muy cercano con la oración a todos los que han vivido recientemente el luto en esta ciudad, y con la esperanza en Cristo resucitado, que da aliento y luz aun en los momentos de mayor desgracia humana.

Unidos por la misma fe en Cristo, nos hemos congregado aquí, desde tantas partes del mundo, como una comunidad que agradece y da testimonio con júbilo de que el ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios para amar y que sólo se realiza plenamente a sí mismo cuando hace entrega sincera de sí a los demás. La familia es el ámbito privilegiado donde cada persona aprende a dar y recibir amor. Por eso la Iglesia manifiesta constantemente su solicitud pastoral por este espacio fundamental para la persona humana. Así lo enseña en su Magisterio: «Dios, que es amor y creó al hombre por amor, lo ha llamado a amar. Creando al hombre y a la mujer, los ha llamado en el matrimonio a una íntima comunión de vida y amor entre ellos, “de manera que ya no son dos, sino una sola carne” (Mt 19, 6)» (*Compendio del Catecismo de la Iglesia católica*, 337).

Esta es la verdad que la Iglesia proclama sin cesar al mundo. Mi querido predecesor

Juan Pablo II, decía que «el hombre se ha convertido en «imagen y semejanza» de Dios, no sólo a través de **la propia** humanidad, sino también a través de la comunión de las personas que el varón y la mujer forman desde el principio. Se convierten en imagen de Dios, no tanto en el momento de la soledad, cuanto en el momento de la comunión» (*Catequesis*, 14 de noviembre de 1979). Por eso he confirmado la convocatoria de este VI encuentro mundial de las familias en España, y concretamente en Valencia, rica en sus tradiciones y orgullosa de la fe cristiana que se vive y cultiva en tantas familias.

La familia es una institución intermedia entre el individuo y la sociedad, y nada la puede suplir totalmente. Ella misma se apoya **sobre** todo en una profunda relación interpersonal entre el esposo y la esposa, sostenida por el afecto y comprensión mutua. Para ello recibe la abundante ayuda de Dios en el sacramento del matrimonio, que comporta verdadera vocación a la santidad. Ojalá que los hijos contemplen más los momentos de armonía y afecto de los padres, que no los de discordia o distanciamiento, pues el amor del padre y la madre ofrece a los hijos una gran seguridad y les enseña la belleza del amor fiel y duradero.

La familia es un bien necesario para los pueblos, un fundamento indispensable para la sociedad y un gran tesoro de los esposos durante toda su vida. Es un bien insustituible para los hijos, que han de ser fruto del amor, de la donación total y generosa de los padres. Proclamar la verdad integral de la familia, fundada en el matrimonio como *Iglesia doméstica* y *santuario de la vida*, es una gran responsabilidad de todos.

El padre y la madre se han dicho un «sí» total ante Dios, lo cual constituye la base

del sacramento que les une; asimismo, para que la relación interna de la familia sea completa, es necesario que digan también un «sí» de aceptación a sus hijos, a los que han engendrado o adoptado y que tienen su propia personalidad y carácter. Así, estos irán creciendo en un clima de aceptación y amor, y es de desear que al alcanzar una madurez suficiente quieran dar a su vez un «sí» a quienes les han dado la vida.

Los desafíos de la sociedad actual, marcada por la dispersión que se genera sobre todo en el ámbito urbano, hacen necesario garantizar que las familias no estén solas. Un pequeño núcleo familiar puede encontrar obstáculos difíciles de superar si se encuentra aislado del resto de sus parientes y amistades. Por ello, la comunidad eclesial tiene la responsabilidad de ofrecer acompañamiento, estímulo y alimento espiritual que fortalezca la cohesión familiar, sobre todo en las pruebas o momentos críticos. En este sentido, es muy importante la labor de las parroquias, así como de las diversas asociaciones eclesiales, llamadas a colaborar como redes de apoyo y mano cercana de la Iglesia para el crecimiento de la familia en la fe.

Cristo ha revelado cuál es siempre la fuente suprema de la vida para todos y, por tanto, también para la familia: «Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que quien da la vida por sus amigos» (**Jn** 15, 12-13). El amor de Dios mismo se ha derramado sobre nosotros en el bautismo. De ahí que las familias están llamadas a vivir esa calidad de amor, pues el Señor es quien se hace garante de que eso sea posible para nosotros a través del amor humano, sensible, afectuoso y misericordioso como el de Cristo.

Junto con la transmisión de la fe y del amor del Señor, una de las tareas más grandes de la familia es la de formar personas libres y responsables. Por ello los padres han de ir **devolviendo** a sus hijos la libertad, de la cual durante algún tiempo son tutores. Si estos ven que sus padres -y en general los adultos que les rodean— viven la vida con alegría y entusiasmo, incluso a pesar de las dificultades, crecerá en ellos más fácilmente ese gozo profundo de vivir que les ayudará a superar con acierto los posibles obstáculos y contrariedades que conlleva la vida humana. Además, cuando la familia no se cierra en sí misma, los hijos van aprendiendo que toda persona es digna de ser amada, y que hay una fraternidad fundamental universal entre todos los seres humanos.

Este V Encuentro mundial nos invita a reflexionar sobre un tema de particular importancia y que comporta una gran responsabilidad para nosotros: «*La transmisión de la fe en la familia*». Lo expresa muy bien el **Catecismo de la Iglesia Católica**: «Como una **madre** que enseña a sus hijos a hablar y con ello a comprender y **comunicar**, la Iglesia, nuestra Madre, nos enseña el lenguaje de la fe para introducirnos en la inteligencia y la vida de fe» (n. 171).

Como se simboliza en la liturgia del bautismo, con la entrega del cirio encendido, los padres son asociados al misterio de la nueva vida como hijos de Dios, que se recibe con las aguas bautismales.

Transmitir la fe a los hijos, con la ayuda de otras personas e instituciones como la parroquia, la escuela o las asociaciones católicas, es una responsabilidad que los padres no pueden olvidar, descuidar o delegar totalmente. «La familia cristiana es llamada **Iglesia**

doméstica, porque manifiesta y realiza la naturaleza comunitaria y familiar de la Iglesia en cuanto familia de Dios. Cada miembro, según su propio papel, ejerce el sacerdocio bautismal, contribuyendo a hacer de la familia una comunidad de gracia y de oración, escuela de virtudes humanas y cristianas y lugar del primer anuncio de la fe a los hijos» (**Compendio del Catecismo de la Iglesia católica**, 350). Y además: «Los padres, partícipes de la paternidad divina, son los primeros responsables de la educación de sus hijos y los primeros anunciadores de la fe. Tienen el deber de amar y de respetar a sus hijos como **personas** y como **hijos de Dios...** En especial, tienen la misión de educarlos en la fe cristiana» (**ib.** 460). El lenguaje de la fe se aprende en los hogares donde esta fe y se fortalece a través de la oración y de la práctica cristiana.

En la lectura del *Deuteronomio* hemos escuchado la oración repetida constantemente por el pueblo elegido, la *Shema Israel*, y que Jesús escucharía y repetiría en su hogar de Nazaret. El mismo la recordaría durante su vida pública, como nos refiere el evangelio de Marcos (cf. *Mc* 12, 29). Esta es la fe de la Iglesia que viene del amor de Dios, por medio de vuestras familias. Vivir la integridad de esta fe, en su maravillosa novedad, es un gran regalo. Pero en los momentos en que parece que se oculta el rostro de Dios, creer es difícil y cuesta un gran esfuerzo.

Este encuentro da nuevo aliento para seguir anunciando el Evangelio de la familia, reafirmar su vigencia e identidad basada en el matrimonio abierto al don generoso de la vida, y donde se acompaña a los hijos en su crecimiento corporal y espiritual. De este modo se contrarresta un hedonismo muy difundido, que banaliza las relaciones humanas y las vacía de su genuino valor y belleza. Promover los valores del matrimonio no impide

gustar plenamente la felicidad que el hombre y la mujer encuentran en su amor mutuo. La fe y la ética cristiana, pues, no pretenden ahogar el amor, sino hacerlo más sano, fuerte y realmente libre. Para ello, el amor humano necesita ser purificado y madurar para ser plenamente humano y principio de una alegría verdadera y duradera (cf. *Discurso en san Juan de Letrán*, 5 de junio de 2006).

Invito, pues, a los gobernantes y legisladores a reflexionar sobre el bien evidente que los hogares en paz y en armonía aseguran al hombre, a la familia, centro neurálgico de la sociedad, como recuerda la Santa Sede en la *Carta de los derechos de la familia*. El objeto de las leyes es el bien integral del hombre, la respuesta a sus necesidades y aspiraciones. Esto es una ayuda notable a la sociedad, de la cual no se puede privar y para los pueblos es una salvaguarda y una purificación. Además, la familia es una escuela de humanización del hombre, para que crezca hasta hacerse verdaderamente hombre. En este sentido, la experiencia de ser amados por los padres lleva a los hijos a tener conciencia de su dignidad de hijos.

La criatura concebida ha de ser educada en la fe, amada y protegida. Los hijos con el fundamental derecho a nacer y ser educados en la fe, tienen derecho a un hogar que tenga como modelo el de Nazaret y sean preservados de toda clase de insidias y amenazas. Yo soy abuelo del mundo, hemos escuchado.

Deseo referirme ahora a los abuelos, tan importantes en las familias. Ellos pueden ser - y son tantas veces- los garantes del afecto y la ternura que todo ser humano necesita dar y recibir. Ellos dan a los pequeños la perspectiva del tiempo, son memoria y riqueza de

las familias. Ojalá que, bajo ningún concepto, sean excluidos del círculo familiar. Son un tesoro que no podemos arrebatarles a las nuevas generaciones, sobretododo cuando dan testimonio de fe ante la cercanía de la muerte.

Quiero ahora recitar una parte de la oración que habéis rezado pidiendo por el buen fruto de este Encuentro mundial de las familiar:

*Oh, Dios, que en la Sagrada Familia nos dejaste un modelo perfecto de vida familiar
vivida en la fe y la obediencia a tu voluntad.*

Ayúdanos a ser ejemplo de fe y amor a tus mandamientos.

Socórrenos en nuestra misión de transmitir la fe a nuestros hijos.

Abre su corazón para que crezca en ellos la semilla de la fe que recibieron en el bautismo.

*Fortalece la fe de nuestros jóvenes,
para que crezcan en el conocimiento de Jesús.*

*Aumenta el amor y la fidelidad
en todos los matrimonios, especialmente aquellos que pasan por momentos de
sufrimiento o dificultad. (...)*

Unidos a José y María, te lo pedimos nuestro Señor. Amén

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alberich, E. (2010). La familia, ¿Lugar de educación en la fe? PPC.
- Arnau, R. (1994). Tratado General de los Sacramentos. Madrid: B.A.C.
- Boff, L. (1991). Los Sacramentos de la Vida. Bilbao. SAL TERRAE
- Borragan, V. (2007) Los Sacramentos ¿Qué son? ¿Cómo vivirlos? Bogotá: San Pablo.
- Borobio, D. (2007) Catecumenado e iniciación cristiana: Un desafío para la Iglesia hoy. Biblioteca Litúrgica. Centro de Pastoral Litúrgica. Barcelona: PASHE
- Borobio, D. (1994) Familia e Itinerario sacramental. Barcelona: PHASE.
- Castillo, J. (1992). Símbolos de Libertad. Salamanca: Sígueme, 5ª ed.
- Catequesis Familiar. Carpeta del Guía. Equipo Inter-parroquial Lima: Editorial Universo S.A.
- CELAM. (1968). II Conferencia general del Episcopado latinoamericano. Medellín.
- CELAM. (1979). III Conferencia general del Episcopado latinoamericano. Puebla.
- CELAM. (1992). IV Conferencia general del Episcopado latinoamericano. Santo Domingo.
- CELAM. (2007). V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Aparecida. Documento Conclusivo. Paulinas.
- CONCILIO VATICANO II. Documentos Completos. (1993). San Pablo
- CONFERENCIA EPISCOPAL COLOMBIANA. (1992). Catecismo de la Iglesia Católica. Impresión de Publicaciones S.A. Carvajal S.A.

- COMISIÓN EPISCOPAL ESPAÑOLA DE LITURGIA. Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos. Quinta Edición. España.
 - CONGREGACIÓN PARA EL CLERO. Directorio General Para la Catequesis. CELAM, Paulinas. 2005.
 - Espeja, J. (2002). Para comprender los Sacramentos. Navarra: Verbo Divino.
 - FRANCISCO, Exhortación Apostólica, EVANGELII GAUDIUM, La alegría del Evangelio. San Pablo. Bogotá. 2014.
 - Casiano, F. (1191). Para comprender el catecumenado. Navarra. Verbo Divino
 - Ginel, A. (2009) Repensar la Catequesis. CCS.
 - JUAN PABLO II. (1998). Familiaris Consortio. Sobre la Familia. Paulinas. Bogotá.
 - JUAN PABLO II. (2001). Reconciliación y Penitencia. Paulinas. Bogotá.
 - JUAN PABLO II. Exhortación Apostólica Catechesi Tradendae Paulinas.
 - Peresson, M. (2006). Seguir a Jesucristo tras las Huellas de Don Bosco. Bogotá: Ediciones salesianas.
 - Rico, J. (2006) Los sacramentos de Iniciación Cristiana: Introducción teológica a los sacramentos del Bautismo, Confirmación y Eucaristía. Colecciones manuales de teología sistemática. Instituto Teológico San Idelfonso. Toledo.
 - Román, J. (2006) La familia Lugar de Evangelización. Salamanca: Universidad Pontificia.
- Sarmiento, A. Escriva, J. (2013) La familia, transmisora de la fe. Textos de Benedicto XVI y comentarios. EUNSA, Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra, S.A.

